

DIOS SÍ. IGLESIA NO.

RESPUESTAS FÁCILES A PREGUNTAS DIFÍCILES PARA JÓVENES.

JULIO MUÑOZ LÓPEZ DE CARRIZOSA, LC

MORLIS
BOOKS



**DIOS SÍ. IGLESIA NO.
RESPUESTAS FÁCILES A PREGUNTAS DIFÍCILES PARA JÓVENES.**

Edición: Morlis Books™

Diseño de Portada: Carlos Alberto Rodríguez Gómez | Barker & Jules Books™

Diseño de Interiores: Juan J. Hernández Lázaro | Barker & Jules Books™

Primera edición - 2020

D. R. © 2020, Julio Muñoz López de Carrizosa, LC

I.S.B.N. | 978-1-64789-138-1

I.S.B.N. ePub | 978-1-64789-139-8

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin autorización expresa y por escrito del autor. La información, la opinión, el análisis y el contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores que la signan y no necesariamente representan el punto de vista de Barker & Jules Books.

Las marcas MorlisBooks™, Barker & Jules Books™, Barker & Jules™ y sus derivados son propiedad de BARKER & JULES, LLC.

BARKER & JULES, LLC

2248 Meridian Blvd. Ste. H, Minden, NV 89423

barkerandjules.com

ÍNDICE

Introducción	9
1. ¿Qué tienen que ver Abraham Lincoln y el evangelio? Pues nada.	14
2. Un iPhone en medio del bosque y los orígenes del universo.	19
3. El ojo izquierdo y la inmortalidad del alma.	25
4. El Audi R8 Coupé y el dolor de los inocentes.	31
5. El burro, la bicicleta, el avión y las diferentes religiones.	37
6. El tortazo en bicicleta y el significado de la palabra <i>pecado</i> .	43
7. La chica «no tan guapa» y la auténtica felicidad.	50
8. La manzana mordida, la noche de bodas y la castidad.	57
9. CR7, Messi, Jesús de Nazaret y la verdadera hombría.	63
10. ¿Hablar con Dios? Imposible.	69
Conclusión	74
Post Data	78

A mis padres y a todos aquellos jóvenes con preguntas que valen la pena. Porque «el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama se le abre» (Lc 11, 10).

Introducción

¿Cómo estás? ¡Enhorabuena! No todos tienen el valor de dedicar algo de tiempo a reflexionar sobre temas polémicos. Seré honesto contigo: no existen respuestas fáciles para preguntas difíciles, pero **¡hay que arriesgar!** Unos pocos años de experiencia trabajando con jóvenes como tú, me han hecho tomar conciencia del hueco tan enorme que puede existir entre tu vida, tus problemas, tus preguntas y el mensaje del evangelio. A muchos jóvenes de tu edad la fe ya no les dice nada. Sienten la Iglesia como una institución pasada de moda, llena de tradiciones milenarias y aburridas que tienen poco o nada que ver con sus inquietudes. Y me siento responsable de ello.

Sin querer ser dramático, tenemos que aceptar la realidad de que hemos entrado en un mundo post-cristiano. No hace falta un diagnóstico demasiado profundo para advertir los síntomas de una cultura que ya no tiene el evangelio como referente. Una cultura del *kleenex*, del «usar y tirar»; la cultura del «Dios sí, Iglesia no», que quiere espiritualidad, pero no religión; una cultura sin identidad que se deja cautivar por una visión del hombre y de la mujer muy lejana del designio de Dios para nosotros.

Pero ahí estás, lleno de vida y de preguntas. Lo sé. Ya no basta decirte: «Es así porque lo dice la Iglesia» o «es un misterio». Quieres respuestas razonadas. Las exiges y haces bien. Y yo me siento en la obligación de hacerte ver cómo el mensaje del evangelio, efectivamente, tiene algo que decirte. Hacerte entender de qué manera la visión cristiana del mundo ha plasmado una realidad positiva de la que se benefician muchísimas personas, incluido tú, aunque no te des cuenta.

Muchos, no sólo en los grandes medios de comunicación, sino también en colegios y universidades, quieren desfigurar constantemente la belleza de la Iglesia promoviendo una imagen de la fe llena de estereotipos históricos. Y parecería que están ganando la batalla. ¿En qué sentido? En el sentido de que cuando uno pone encima de la mesa la palabra «Iglesia», vosotros inmediatamente relacionáis ese concepto con riquezas vaticanas, escándalos sexuales, torturas inquisitorias y una institución que sólo ha retrasado el progreso y la civilización.

Por ello resulta necesario reconstruir el puente entre el evangelio y tu vida concreta. Partir de la realidad en la que te encuentras, sin idealizarla ni presuponerla. ¿Cómo hacemos esto? Tomando en serio tus preguntas, al menos las más recurrentes. Veamos juntos cuáles son.

Por lo que se refiere a la religión en general, seguro que te preguntas: «¿Qué me aporta? ¿Para qué sirven

las prácticas religiosas?». Y con respecto a algunas de las tradiciones de la Iglesia Católica te cuestionas constantemente la necesidad de ir a misa o de confesarte con un sacerdote cuando Dios te escucha siempre. Todo ello suponiendo que reces, algo a lo que tal vez tampoco le encuentras mucho provecho.

Al echar un vistazo a la multioferta de espiritualidades, especialmente las de origen oriental, te preguntas: «¿Con qué derecho reclama la fe católica ser la única verdadera? No hay modo de saber que lo es y mucho menos cuando uno nace en un mundo y una cultura que no ha elegido. Es más, los errores históricos de esa Iglesia autoproclamada *luz del mundo* la desacreditan para poder decir a los demás lo que deben hacer». Y así prefieres indagar en lo que Buda o Confucio dicen sobre el sentido de la existencia y la vida más allá de la muerte.

La biblia probablemente no sea para ti más que un laberinto entremezclado de mitos, leyendas e historias de milagros que ve tú a saber quién ha inventado y por qué. Y si la lees, no lo haces para tener un encuentro personal con el Dios humanado, sino a modo de antología de citas interesantes que, a lo mucho, sirven como buenos consejos.

La vida es para vivirla. El único propósito es gozar el instante porque nadie garantiza la existencia de una

vida más allá de la muerte y la Iglesia no tiene forma de demostrarlo. Te preguntas más bien si esa narrativa no habría sido provocada como una forma de control del daño a base de temor o una consolación barata y sin fundamento para los más desfavorecidos.

¿Dónde está el Dios de los cristianos? ¿Cómo es posible que sea bueno cuando, sabiendo lo que iba a pasar, decidió crearnos? Es más, si sabe cuál es el destino del hombre, porque no puede no saberlo, ¿cómo es posible que cree a una persona que se va a condenar?

Cuando se trata de hablar sobre fe y razón, ¿por qué tantas trabas al progreso de la ciencia? Ahí está Galileo, ¡el único valiente que defendió la teoría heliocéntrica, que tuvo el atrevimiento de acercarse al poder de una Iglesia anquilosada en su propia presunción y sufrió las consecuencias!

Y por último el sexo. ¿Por qué Dios prohíbe todo? ¿Por qué tantas cosas son pecado? ¿Qué es el pecado? ¿Quién es la Iglesia para entrometerse en la vida privada de las personas y manipular su conciencia en decisiones que atañen a la intimidad de cada uno? Y los homosexuales discriminados. Y los pobres enfermos terminales que piden una muerte digna. Y las madres de familia a quienes se les quita el derecho a decidir sobre su propio cuerpo, etc. No son preguntas fáciles. Se trata de cuestionamientos muy válidos.

En este pequeño libro no aspiro ni de lejos a resolverlos en profundidad. Se trata más bien de un apoyo, de un puñado de herramientas con las que pretendo suscitar una conversación, tenderte una mano, abrirte el apetito y dejarte con hambre de más.

Para ello te quiero pedir un favor. Te voy a pedir que te metas en la cabeza de Rafa. Un chico que existe y que no existe. Porque Rafa te representa a ti y a cualquier joven de diecisiete años o más, vivaz, curioso, contestatario, lleno de vida y hambriento de respuestas que tengan sentido para él. Quiero abrirte, a través de las cartas a este personaje, una ventana, hacerte ver que tus preguntas tienen respuesta y las tienen precisamente en Jesucristo a través de su Iglesia. Una Iglesia de la que tú no sólo eres parte sino más bien un gran protagonista.

Me vas a permitir agradecer de corazón a los jóvenes que me han apoyado con este proyecto tomándose el tiempo de leer los borradores y enviándome muy buenas sugerencias, entre otros Eugenio Estrada, Bosco Maldonado, Fernando Peraldí, Santiago Odriozola y Patricio Lozano. También agradezco al P. Vicente Yanes, amigo y compañero con más experiencia en el mundo editorial que me ha sabido orientar para llegar a buen puerto.

Primera carta

¿Qué tienen que ver Abraham Lincoln y el evangelio? Pues nada

Querido Rafa:

«¡Abraham Lincoln!» ¡Que tío más bruto! Esa fue tu respuesta. ¿Te acuerdas? Fue un lunes en la Preparatoria. Me acerqué como de costumbre a saludarte durante el cambio de clases. Y como cada lunes te andabas pavoneando de tus grandes conquistas durante el fin de semana. Te agarré del brazo y te dije: «Felicidades chaval, pero recuerda, *¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo?*».

Poncho, Diego y Salva estaban contigo y se hizo un breve silencio. De repente parecíais un improvisado grupo de pequeños filósofos. Y os pregunté: «A ver, ¿quién dijo esa frase?». Sinceramente era una pregunta retórica. Al menos lo era para mí. Pero empezó el desastre: «Steve Jobs, Gandhi, Mandela» Nadie le atinó. Tu callabas, astutamente, esperando que los demás agotaran las posibilidades. «Abraham Lincoln», dijiste por fin con una seguridad aplastante. Y yo me quedé frío.

No había tiempo para continuar la conversación. Óscar estaba a punto de cerraros la puerta y había que empezar la clase. Pero ese par de minutos bastaron para empezar una reflexión que todavía hoy me persigue. «Estos chicos estudian en un colegio católico y no han podido reconocer al autor de una frase que ha cambiado el curso de la historia».

Pero gracias Rafa. Gracias a ti y a tus amigos. Me habéis hecho reflexionar sobre la necesidad de reinventar el modo de compartir con vosotros la visión cristiana del mundo. Muchos hablan del problema de «los jóvenes de hoy», como si fuerais distintos de los de ayer y de los de mañana. Vosotros sois jóvenes y punto. Tenéis muchas preguntas inteligentes y esperáis respuestas inteligentes, razonables. Y las esperáis en un lenguaje sencillo.

Habiendo compartido con vosotros tantos momentos durante las clases, en conversaciones improvisadas tomando una cerveza, durante el medio tiempo de un partido de fútbol o subiendo una montaña, creo que puedo identificar algunas de esas preguntas que en este momento te pueden interesar:

1. ¿Cómo sabemos que Dios existe? ¿Mi vida tiene un propósito o soy fruto de la casualidad? (El problema sobre los orígenes del mundo).
2. ¿Vivimos para siempre? ¿Hay forma de demostrarlo? (El problema sobre la inmortalidad del alma).

3. ¿Por qué un Dios bueno permite tanto sufrimiento en el mundo? (El problema sobre el sufrimiento de los inocentes).
4. ¿Existe una religión verdadera? ¿Cómo sabemos que es la católica? (El problema sobre las diferentes religiones).
5. ¿Qué es el pecado y por qué a Dios le molestan tantas cosas? (El problema sobre la visión de un Dios controlador y entrometido).
6. ¿Es posible ser feliz en esta vida? ¿De qué manera? (El problema sobre la felicidad y la toma de decisiones).
7. ¿Por qué en el tema sexual Dios nos pone tantas trabas para hacer lo que queramos? (El problema de la sexualidad bien vivida).
8. ¿Qué quiere decir ser un hombre de verdad? (El problema sobre aceptar la identidad sexual y vivirla del mejor modo posible).
9. ¿Cómo relacionarme con alguien a quien no puedo ver, tocar o sentir? (El problema sobre el contacto con Dios).

Es estupendo saber que para todo esto el evangelio y la visión cristiana del mundo tienen muy buenas respuestas. No cuentos de hadas, dogmas o doctrinas arcanas sobre misterios inefables que no tocan vuestras vidas. El catolicismo siempre ha defendido que su fe no es solamente el éxito de una religión respecto a otras que

le han precedido. Más bien es fin del camino de la razón en su búsqueda de la verdad. Un camino basado en la revelación pero que incluye la filosofía. Por eso es capaz de ofrecer respuestas concretas, razonables, coherentes y aportar muchísima luz a la gran aventura de tu vida. No se basa sólo en la fe sino también en la razón.

Me dirás: «¿Pater, por qué me hablas a mí de todo esto?». Pues porque tú con ese puñado de talentos, con esa hambre de verdad y con esas ganas de vivir la vida, representas lo más noble de los jóvenes de hoy y espero que aclarándote algunas ideas, puedas ayudarme a echar una mano a tus amigos. «¿Y por qué con cartas?» Porque la carta me deja hablarte con sencillez, como si estuviéramos en la terraza de tu casa compartiendo una cerveza bien fría.

Te quiero pedir un favor: ¡baja la guardia! Acepta la realidad histórica de Jesucristo y no tengas miedo de abrirte a su forma de ver el mundo. Cuando yo lo hice a los dieciocho años mi vida cambió para siempre.

También te dejo una advertencia: no te sorprendas si al terminar de leer estas cartas acabas con más preguntas que respuestas, ¡de eso se trata! No de resolver el mundo sino de que desempolves las neuronas y te pongas a pensar en cosas que valen la pena. Cada carta tiene una lógica muy sencilla: una pregunta como punto de partida, al que sigue un intento de respuesta; un pasaje

del evangelio relacionado con la pregunta; una síntesis y un reto sencillo que ayude para aterrizar en tu vida lo que hemos reflexionado.

Por último, un consejo: no leas todas las cartas de golpe, no vaya a ser que te atragantes con tanta información y te quedes igual que cuando empezaste. Te recomiendo que leas cada carta un par de veces y la mastiques un rato, antes de saltar a la siguiente. Puedes complementar cada carta con algunas herramientas que he incluido al final del libro a modo de post data. Y nada más chaval, espero que te sirva.

¡Un abrazo fuerte Rafa!

Segunda carta

Un iPhone en medio del bosque y los orígenes del universo

Querido Rafa:

¿Cómo sabemos que Dios existe? La verdad, la verdad, no lo sabemos. O al menos no tenemos forma de demostrarlo. Dios no es un axioma o un silogismo (si $A = B$ y $B = C$, entonces $A = C$). ¡Ojalá fuera tan fácil! Hay una diferencia importante entre demostrar algo (si 2 y 2 son 4; 4 y 4 son 8) y mostrar algo. Lo que es evidente se puede demostrar. Para todo aquello que no lo es, como la existencia de Dios, tenemos que recurrir a hipótesis o probabilidades que sean lo más razonables posible. O sea, Dios no es evidente por lo que no se puede demostrar. Pero se puede mostrar que, muy probablemente, existe, porque esa hipótesis tiene sentido, es bastante razonable.

¿Y por qué es importante esta probabilidad? Porque si somos producto del azar, de la casualidad, ni tu vida ni la mía tienen mucho sentido. Pero si hay Alguien que está detrás de todo esto quiere, decir que Alguien pensó en ti y te pensó para algo.

Imagínate que vas caminando por el bosque y te encuentras un *iPhone* tirado en medio de la hierba junto a una encina. Es de los modelos que salieron hace más de diez años, pero eso es lo de menos. Supongo que te preguntarías: «¿Cómo llegó aquí este teléfono?». Realmente hay dos posibilidades: se le cayó a alguien, lo olvidó, etc., o apareció de la nada, tal vez, autocreándose con un proceso sumamente complicado que no podemos entender y que de hecho contradice las mismas leyes de la física (porque un bosque no puede producir un teléfono móvil).

Siendo un bosque, no hay forma humana de demostrar con evidencia ni lo primero ni lo segundo. Es decir, no hay cámaras de seguridad o fotografías que hagan evidente que alguien lo dejó allí. Pero tampoco hay evidencia para demostrar que apareció de la nada o se autcreó.

La física se basa en lo que se puede observar, pesar, medir o demostrar (un hombre culto lo llamaría *método empírico*). Ante la falta de evidencia, tenemos que recurrir a otro tipo de ciencia: la filosofía. Y un filósofo (o sea, cualquier persona que piensa y se hace preguntas sobre las cosas), tú y yo, viendo ese *iPhone* en el bosque diría: «Probablemente se le cayó a alguien».

Pero qué pasa si alguien te dice: «¿Cómo lo sabes? No hay evidencia física. Lo que dices está basado en una hipótesis que no puedes demostrar» Le deberías

responder: «¿Qué alternativa hay? ¿Que apareció de la nada?» A lo mejor te dice que sí. Pero tú y yo sabemos que eso es bastante improbable, por no decir absurdo. Y es sorprendente la cantidad de personas, incluso estudiadas e inteligentes que no tienen problema con aceptar el absurdo, incluso gente que ha escrito *best sellers* internacionales.

Pues ahora aplica el ejemplo del *iPhone* al origen del universo. El universo sería como un teléfono, solamente que algo más complejo. Una realidad material tan sofisticada que no puede autohacerse y que tampoco ha sido producida por un bosque que, sencillamente, no tiene cabeza para eso.

Pero como te dije hay gente que no piensa así. Y gente inteligente. Para ellos, de la nada, es decir, del bosque, surge el universo, es decir el *iPhone*. Y ya está. Se quedan tan tranquilos. Como el señor Stephen Hawking, titular de la Cátedra Lucasiana de Matemáticas de la Universidad de Cambridge, una mente brillante, que vino a decir que el universo se autocreó. Que el *iPhone* apareció de la nada. Y como es un tío muy inteligente, caso cerrado.

En fin, a los científicos a veces no les falta física, sino filosofía, o sea, sentido común, porque muchos son incapaces de abrir su mente a lo que va más allá de lo empíricamente verificable, a lo que va más allá de lo

que se puede demostrar de modo tangible y acaban por contradecirse a sí mismos.

Rafa, la visión cristiana del mundo es genial precisamente porque está basada no sólo en la física sino en la filosofía del sentido común, en la razón. Muchísimos grandes científicos en la historia han sido creyentes, como Albert Einstein, Nobel de física en 1921; Arthur Compton, Nobel de física 1927; o Gregor Johann Mendel, sacerdote y padre de la genética. Aunque para mí el más *crack* es George Lemaître, un sacerdote belga que propuso en su momento una explicación de la expansión del universo de un modo distinto y dentro de las conclusiones de la teoría general de la relatividad de Einstein. El mundo científico se burló de él y bautizaron su hipótesis con el nombre de *Big Bang*. ¿Te suena esto? ¡Pues lo propuso un cura!

Si hay un *iPhone* en medio del bosque es porque muy probablemente alguien lo ha puesto ahí. Pensar en cualquier otra alternativa, por más vueltas que le des, resulta absurdo desde la razón y desde la ciencia. Una vez más la filosofía viene al rescate con el principio de causalidad: todo efecto tiene una causa. Y también con el principio de finalidad: todo lo que existe, existe por algo. La buena noticia es que, si el mundo tiene un propósito, tu vida también la tiene. Nada existe por casualidad.

A esa causa que creó el mundo por y para algo, le llamamos Dios. Le puedes llamar como quieras, eso es lo

de menos. Y sin sentirte mal. Un Papa súper inteligente lo llamó *Razón Creadora* cuando dijo que no somos producto casual de la evolución (por cierto, la Iglesia no tiene nada en contra de la evolución), sino «fruto de un pensamiento», porque «si el hombre fuese solamente un producto casual de la evolución en algún lugar al margen del universo, su vida no tendría sentido» (Benedicto XVI, Homilía de la Vigilia Pascual, 2011). Pero no es tu caso ni el mío.

De esta visión de un mundo creado por alguien (Dios) y para alguien (nosotros), nos ha hablado Jesús en varias ocasiones. Una vez que alguien le preguntó sobre el designio de Dios para el hombre, el Señor explicó cómo «al principio Dios no quería eso» (Cfr. Mt 19,8). El Señor solía hacer referencia a un plan originario, a un proyecto en el corazón de quien puso todo este universo en marcha. Aquí es donde se encuentran la ciencia (la teoría del Big Bang), la filosofía (el principio de finalidad) y la fe (las palabras de Jesús en el evangelio). ¡Es genial!

No te quiero aburrir más con este tema, aunque da mucho de sí; pero es importante que recuerdes dos cosas: en primer lugar, no es posible demostrar que Dios existe, pero entre lo absurdo y lo razonable, elige lo más razonable. Recuerda el ejemplo del *iphone* en el bosque.

En segundo lugar, Rafa, nada existe por casualidad sino dentro de un proyecto, como parte de un todo. Ese

proyecto implica la individualidad de cada uno. Todos tenemos una misión, un motivo por el que estamos aquí. Tú tienes una tarea que cumplir. Si la descubres y la realizas, serás un hombre muy feliz.

Para terminar, te dejo una tarea sencilla. Cuando tengas tiempo busca en internet lo que dice sobre el *Principio antrópico*. Un principio cosmológico (científico) que pone al ser humano como meta y centro del universo. Y viene a complementar desde la ciencia lo que afirma la biblia cuando Dios, después de crear el mundo, dijo «hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26).

Tercera carta

El ojo izquierdo y la inmortalidad del alma

Querido Rafa:

No sé a ti, pero a mí la idea de vivir quinientos mil millones de años me inquieta un poco. ¿Somos inmortales? ¿Vivimos para siempre? ¿Hay forma de saberlo? La muerte asusta un poco a todo el mundo. Pero la idea de ser inmortales todavía más. ¿Qué vamos a hacer todo ese tiempo? ¡Qué aburrimiento! Por lo pronto hay que ver si es razonable pensar en la inmortalidad.

Para ello hay que hacerse dos preguntas: si existe algo inmaterial dentro de nosotros que no se pudra con el cuerpo. Y si ese algo inmaterial (lo solemos llamar alma, pero lo puedes llamar como quieras) permanece de algún modo cuando nuestra parte orgánica se desactiva (cuando se desactiva el cerebro al apagarse el hipotálamo).

Respecto a la inmaterialidad del alma, sirve un ejemplo. ¿Quién ve: el ojo o la vista? El ojo es un órgano. Lo puedes tocar, pesar, medir, etc. Pero es un mero instrumento. Cuando ves a una chica que te llama la atención y dices: «¡Vaya espectáculo!», ¿es el ojo quien piensa eso o eres tú? El ojo es el canal. El sujeto que ve

eres tú y la facultad por la cual ves y percibes la belleza de esa chica se llama *vista*. Al punto de que, si cierras el ojo como quien cierra una persiana, tu ojo está a oscuras, pero tú sigues teniendo en tu mente la imagen. Y esa imagen es inmaterial.

Mucha gente piensa que pensamos con el cerebro. Pero Rafa si te corto la cabeza, saco el cerebro como si fuera una esponja y empiezo a diseccionarlo buscando la imagen de esa chica tan guapa no creo que la encuentre. ¿Dónde están almacenadas toda esa infinidad de imágenes y recuerdos inmateriales? ¿Puede un órgano (material) producir o almacenar algo inmaterial (un pensamiento, una idea, un recuerdo)? Claro que no.

«Pero padre, son todo reacciones químicas neuronales». Toda la vida química que genera la actividad cerebral con sus infinitas sinapsis no deja de ser orgánica, es decir, material. La memoria, la imaginación y el entendimiento no lo son. No tienen tejidos ni se alimentan de electricidad. Ciertamente dependen de los tejidos para funcionar, pero son de una naturaleza diferente. Son inmateriales. Es verdad que mente y cuerpo, neuronas y pensamientos están tan unidos, que forman una sola cosa. Son inseparables, al punto de que la mente no puede pensar sin el cerebro y el cerebro no puede funcionar correctamente sin los sentidos externos. Pero existe un salto abismal, un salto «cualitativo» entre

el mundo de los tejidos, por muy complejos que sean (neuronas, orejas, papilas gustativas, etc.) y el mundo de las ideas (conceptos, juicios, razonamientos).

«Pero pater», me dirás: «¡Los perros también sueñan!». Sí, pero ¿saben que sueñan? El único animal que sabe que existe, o sea, que es consciente de que existe, es el ser humano. Y esto no es una conclusión de laboratorio, sino fruto de la observación.

Rafa, ni tú ni yo pensamos con el cerebro, sino con la mente. El cerebro es el centro de operaciones. Si lo dañas, dañas las facultades que están vinculadas a esa parte del cerebro (la motricidad, la memoria, la coordinación). Es como cerrar una persiana. El hecho de que no puedas ver porque la persiana está cerrada, no quiere decir que no estés dentro esperando a que alguien la abra de nuevo.

Sobre esto, podríamos seguir hablando durante horas. Pero basta que analices si, efectivamente, hay algo dentro de ti que siente, ama, sueña, sufre, recuerda y que, por su naturaleza, no puede encerrarse dentro de una esponja (o de un cerebro) por más que el funcionamiento de dicha esponja sea complejo, ¡y vaya si lo es!

La subsistencia del alma después de la muerte es algo más complicada. O sea, ¿qué pasa cuando la parte material (el cuerpo) se pudre y se separa de la inmaterial

(el alma)? Aquí la física se tiene que detener a falta de pruebas empíricas, tangibles. Y entra una vez más la filosofía. Con la inmortalidad del alma pasa algo parecido a la existencia de Dios: no hay forma de evidenciarla, pero es bastante probable. ¿Por qué? No se trata de pruebas, sino de indicios, signos o elementos de probabilidad que no contradicen la razón o el sentido común.

En primer lugar, Rafa, nadie quiere volver a la nada absoluta. Una cosa es querer morir para salir de una vida que para nadie es fácil; y otra muy diferente, querer desaparecer absolutamente, aniquilarse, volver a la nada. En el fondo, todos tenemos un deseo innato de inmortalidad y de una felicidad plena que, en esta vida, nada ni nadie nos puede garantizar. Y un deseo tan fuerte, no podría darse si no fuera posible realizarlo. Como el tener hambre o querer reproducirse. Son dos instintos innatos que no podríamos tener si de hecho fueran irrealizables.

Luego, está la historia de la religiosidad del ser humano. Curiosamente, una de las formas de saber cuándo empezaron a caminar los primeros seres humanos en la tierra, es cuando los arqueólogos descubren enterramientos. Los animales no entierran a los demás animales. O sea, desde que el animal es capaz de razonar, tiene un sentido natural de trascendencia, de una vida más allá de la muerte.

Los mismos filósofos, como Platón (427-347 a.C.), escriben sobre una «isla de los bienaventurados», para aquellos que han vivido de forma «piadosa y sincera» (*Gorgias*, 525a-526c.).

Pero como siempre, el testimonio más importante sobre este tema es el de Jesús. Hay dos momentos importantes de su vida en los que afronta directamente el tema de la inmortalidad.

En su época, como en la nuestra, había gente incluso piadosa y religiosa que no creía en la resurrección de los muertos. Y una vez le preguntaron de quién sería esposa una mujer que había estado casada con siete maridos. «¡No entendéis nada!», les dijo. «En la vida futura, ni las mujeres tendrán marido ni los hombres tendrán esposa, porque allá los hombres serán como los ángeles» (Mt 22,30). Y por si quedaran dudas, poco antes de morir quiso anunciar a sus amigos más íntimos que se les iba a adelantar para prepararles «un lugar». Y les prometió: «En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. Cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os llevaré conmigo» (Jn 14,2).

Todo esto, Rafa, nos habla de un mundo que nos está esperando. La muerte asusta, por más fe que uno tenga. Pero ir al colegio sabiendo que al final llegan las vacaciones, hace que queramos realmente disfrutar las vacaciones y estudiar durante el curso para no suspender ninguna materia.

En síntesis, Rafa, ¡ser inmortales no está tan mal! El problema es que sobre la inmortalidad del alma nos pasa lo mismo que con Dios, que no es evidente. Sin embargo, es razonable creer en ella por varios motivos: porque hay una parte de nuestra persona (la conciencia) que es inmaterial; por el sentido innato de trascendencia del ser humano desde que apareció en la tierra y porque Jesús habla de la resurrección de los muertos.

Aquí también te voy a dejar una tarea. ¡No seas flojo! Échale un vistazo al testimonio del neurocirujano norteamericano llamado Eben Alexander, profesor de la escuela de medicina de Harvard que en su libro *Proof of Heaven: A Neurosurgeon's Journey into the Afterlife*, narra lo que vio y experimentó durante un período de coma.

Y vete escribiendo la lista de cosas que te gustaría hacer porque en la eternidad vamos a tener tiempo y dinero para hacer muchas de ellas y más.

Cuarta carta

El Audi R8 Coupé y el dolor de los inocentes

Querido Rafa:

¿Por qué un Dios bueno permite tanto sufrimiento en el mundo? La verdad es que a tu edad yo andaba más preocupado por superar complejos e inseguridades personales que, por este tipo de preguntas, pero sé que tú aspiras a más y por esto te has animado a leer mis cartas.

El dolor de los inocentes. ¡Menudo tema! De hecho, es la única pregunta que no pudo responder el Papa Benedicto cuando en televisión pública una niña pequeña le preguntó por qué un Dios bueno permite tanto sufrimiento. «No lo sé», respondió una de las mentes más brillantes del s. XX. Es la pregunta del millón de dólares. Pero de todos modos podemos ir un poco más a fondo. Vete sacando otra cerveza...

¿Te gustan los coches? A mí me encantan. Si me dieran a elegir uno, aceptaría con gusto el Audi R8 Coupé *Sport Edition*. ¡Es una pasada! Color plateado o negro, pero ese.

Ahora imagínate que tienes un padre multimillonario. Imagínate que te prometió una gran sorpresa cuando cumplieras dieciocho años. Imagínate que fue pasando

el día de tu cumpleaños, se fueron yendo tus amigos después de una gran fiesta y que, ya a punto de irte a dormir, entra tu padre en la habitación y te dice: «Rafa, asómate a la ventana». Y ahí está, aparcado en la entrada principal, esperándote.

A partir de este momento, tenemos dos escenarios. Tenme paciencia. Veamos el escenario uno. En este escenario, bajas corriendo, lo ves de cerca, lo abrazas de algún modo, lo miras por fuera, lo tocas, más bien lo acaricias por delante y por detrás. Y finalmente, abres la puerta delantera y te subes ansioso. Tu padre ha entrado contigo por la puerta del copiloto y te muestra las llaves del coche en su mano derecha. Te mira fijamente y te dice: «Rafa, estuve investigando y resulta que cada año mueren en el mundo más de un millón de personas por accidentes de tráfico y más de veinte millones sufren traumatismos y discapacidades de por vida. Así que lo mejor va a ser guardar el coche en el garaje. Prefiero que vayas a la universidad en bicicleta». Fin de la historia; y del cumpleaños...

Ahora veamos el escenario dos. En este escenario, bajas corriendo, lo ves de cerca, lo abrazas de algún modo, lo miras por fuera, lo tocas, más bien lo acaricias por delante y por detrás. Y finalmente abres la puerta delantera y te subes ansioso. Tu padre ha entrado contigo por la puerta del copiloto y te muestra las llaves

del coche en su mano derecha. Te mira fijamente y te dice: «Rafa, el coche es tuyo. Quiero que lo disfrutes; pero úsalo con responsabilidad, porque cada año mucha gente muere y no quiero que te pase nada. Te voy a pedir dos semanas con clases particulares para familiarizarte con esta máquina».

Entonces Rafa, ¿con cuál te quedas? ¿Qué padre elegirías? ¿El escenario uno o el dos? Al menos yo, elegiría el dos. Prefiero mil veces conducir ese cochazo con cuidado y asumir el riesgo, que ir en bicicleta todos los días. Pero la historia no termina aquí.

Ahora vamos a suponer que, tristemente, trágicamente, te la pegas con el Audi a los dos meses de estrenarlo y terminas en el hospital, en el mejor de los casos, con las dos piernas rotas y traumatismo craneoencefálico. ¿Se te haría justo enfadarte con tu padre y decirle: «Todo esto es culpa tuya»?

La vida es como el Audi. Una máquina muy potente. Una experiencia espectacular. Obviamente, tu padre te hace ese regalo asumiendo el riesgo, no para verte sufrir, sino para que lo disfrutes. Pero esa libertad implica un riesgo y él es el primero que sufre contigo en el hospital. Y, en cierto modo, es así de sencillo. Dios asumió ese riesgo con nosotros. Y nosotros chocamos el coche, no él. Con todo y todo, tiene que aguantar la ingratitud del hijo.

Pero aquí volvemos a la novedad del cristianismo. Ya en el s. XIII d.C. hubo una mujer, Juliana de Norwich, que hablaba con Dios con la misma naturalidad con la que tú y yo nos chateamos. Y como la pregunta sobre el sufrimiento de los hombres es algo que acompaña la historia del mundo, ella con frecuencia le reclamaba a Dios haber creado el mundo sabiendo todo lo que se nos venía encima. Y el Señor le respondía: «Verás cómo todo va a salir bien, porque lo que es imposible para ti, no lo es para mí. Yo preservaré mi palabra en todas las cosas y haré que todo se transforme en bien» (*Libro de visiones y revelaciones*, capítulo 32).

También Jesús nos ha hablado de esto. Un día contó una historia en la que, unos agricultores, notando como en un sembradío donde solamente había semillas de trigo, habían brotado malas hierbas, preguntaron al dueño de los campos cómo eso era posible. Y el dueño del campo les dijo: «Alguien vino en la noche y con mala intención sembró malas hierbas» (Cfr. Mt 13, 24-48), refiriéndose al demonio, al que además llamó «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44). Esto es importante porque quiere decir que no sólo está la realidad de nuestra irresponsabilidad conduciendo el Audi, sino que además hay alguien (el demonio) tratando de emborracharnos antes de subirnos al coche para ver si nos estrellamos.

Rafa, algún día serás padre. La vida es maravillosa, pero no es fácil para nadie. ¿Tu renunciarías a tener un hijo por miedo a lo que pueda sufrir en el mundo? Yo creo que no. Yo creo que asumirías ese riesgo. También Dios. Pero, ¿y si tu hijo el día de mañana ya crecido y tal vez enfermo de leucemia te echara en cara el haber nacido? Si te dijera: «¿Papá, por qué tú y mamá quisisteis que naciera sabiendo que esto podría pasarme? ¿por qué me tuvisteis?». ¿Qué le responderías Rafa? ¿Por qué tendrías un hijo? Yo creo que sólo hay una palabra: por amor.

El amor implica riesgo. Entre no tener un hijo y tenerlo sabiendo lo que significa vivir la vida, elegirías tenerlo. Yo también. Entre tener un coche oxidándose en el garaje y usarlo sabiendo que puedes tener un accidente, elegirías usar el coche. Yo también. Y también Dios.

En resumen, Rafa, conducir un Audi R8 Coupé *Sport Edition* y vivir la vida con libertad implica responsabilidad. No es justo echarle la culpa a Dios cuando algo sale mal. Así que, recuerda estas pocas ideas.

En primer lugar: entre no existir, existir como una planta o un animal y existir como una persona, ¿qué elegirías? Supongo que ser una persona. En segundo lugar, cuando alguien te pregunte: «Si Dios es bueno,

¿por qué existe el mal?», responde tranquilamente: «Por el mismo motivo por el cual tú tendrías un hijo o por el cual permitirías a tu hijo conducir un Audi en vez de tenerlo guardado en el garaje. Porque el amor implica asumir el riesgo».

Aquí también te voy a dejar algo de trabajo, pero no te voy a pedir que busques o leas algo en internet. Rafa, no pierdas tanto tiempo enfadado con Dios por haber creado el mundo. Súbete a ese coche y condúcelo con responsabilidad, o sea, déjate aconsejar por pilotos expertos; fíate de lo que Dios te dice a través de su Iglesia (a modo de GPS); recuerda que sólo tienes un coche (una vida), no lo choques haciendo payasadas; y sobre todo, ten la certeza de que al final «todo va a salir bien».

Quinta carta

El burro, la bicicleta, el avión y las diferentes religiones

Querido Rafa:

¿Existe una religión verdadera? Es increíble pensar que existen más de cuatro mil religiones vivas en el mundo, pero resulta más sorprendente que, según nosotros, solo una sea la verdadera: la religión católica, apostólica y romana. Un poco presuntuoso ¿no crees?

De hecho, es una pregunta que de un modo u otro siempre se vuelve a poner encima de la mesa: ¿es posible hablar de una religión verdadera? ¿cómo saber si es la católica? Teniendo en cuenta además que muchas religiones coinciden en los temas más fundamentales relacionados con la moral, la vida más allá de la muerte y la creencia en un ser creador, ¿qué más da pertenecer a una u otra? Lo importante sería ser buena persona, ser coherente con tus creencias.

Alguien dijo una vez que hay tantas formas de llegar a Dios como personas. Y no le falta razón. No obstante, si tú quieres desplazarte del punto A al punto B no es lo mismo ir en burro, que hacerlo en coche o ir en avión.

Aclaremos el punto de partida. El problema no está en analizar qué tanto tiene en común el cristianismo con las demás religiones, sino en descubrir la gran diferencia. La pregunta del millón no versa sobre los valores que comparte con otras creencias o sistemas morales (el respeto, el amor, la tolerancia, etc.) sino más bien en descubrir donde reside su novedad, indagar en lo que el cristianismo tiene de único y de irrepetible respecto a todas las demás religiones.

Abraham, Buda, Mahoma, Lao Tsé, Confucio y Joseph Smith tienen en común el haber sido, a lo largo de la historia, fundadores de religiones o movimientos de espiritualidad que han dejado su huella. Todos ellos son portadores de un mensaje, profetas iluminados, hombres y amigos de dios, cercanos al ámbito de lo divino. Pero sencillamente... no son dios. En ninguno de sus escritos se atribuyen el ser Dios o como Dios, o ser una sola cosa con Dios. Nadie está tan loco.

Pero resulta que hace dos mil años apareció un individuo proveniente de una familia pobre y que se ganó la vida como albañil trabajando junto a su padre. Y resulta que este individuo dijo algo que nadie nunca en la historia de la humanidad había dicho ni ha vuelto a decir: «El que me ve a mí, ve a Dios» (Cfr. Jn 14,9). Y, por si esto fuera poco, afirmó algo igual de fuerte: «Yo soy la verdad» (Jn 14,6). ¡Una locura! Alguien que dice semejante barbaridad, una

de dos: o está loco o es Dios. Y si hubiera estado tan loco no creo que al día de hoy habría gente funcionando con un calendario universal basado en el día de su nacimiento. El judío, el cristiano, el musulmán, el shintoista, el confucionista y el mormón, tienen que comprar un billete de tren basados en el calendario cristiano.

«Pero, vamos a ver, pater», me podrías decir. «Una cosa es que alguien diga que es Dios y otra muy diferente que realmente lo sea». Buen punto. ¿Qué hizo aquél individuo para demostrar que era Dios? Algo que nadie había hecho hasta ese momento ni ha conseguido realizar después: resucitar de entre los muertos. «¿Y cómo sabemos que eso es cierto?». Porque nos lo han contado por escrito los que lo han visto. «¿Y cómo sabemos que los evangelios narran lo que Jesús hizo y dijo realmente?». ¡Qué buenas preguntas, Rafa!

Todos los escritos que nos hablan de la vida de Jesús son copias de los originales autógrafos. De estas copias existen hoy más de cinco mil, entre papiros y pergaminos. La más antigua es del año 150 d.C. Juntando todas estas copias, los estudiosos, también llamados *exegetas* (gente que se toma muy en serio las cosas y se especializan en investigar las escrituras) reconstruyen el texto más cercano al autógrafo original.

Por lo que se refiere a la existencia histórica de Jesús, se nota que hizo ruido en su época porque varios

historiadores de ambientes no cristianos hablaron de él. Obviamente no lo hicieron como seguidores suyos, sino que se refieren a él como un loco revolucionario, un hereje embaucador o un peligro para la sociedad.

No quiero cansarte con esto, pero, por citar algunos, el historiador romano Tácito escribe en sus *Annales* sobre la condena de un tal *Christus* durante el imperio de Tiberio. Plinio el joven menciona a Jesús en una carta del 112 d.C. a su tío el emperador Trajano; Suetonio en sus *Vidas de los Césares*, del 120 d.C.; Flavio Josefo en sus *Antigüedades judías* del 94 d.C.; el griego Luciano de Samosata y Celso, un filósofo pagano, también mencionan su nombre. Y así podríamos seguir, pero no quiero convertir estas cartas en tratados voluminosos de apologética. Al fin y al cabo, cuando se trata de datos, tú mismo los puedes buscar en internet.

Pero sí te comparto esta reflexión: Homero, Platón, Horacio o Virgilio, vivieron antes que Jesucristo, algunos cientos de años antes. ¿Por qué nadie pone en duda su existencia o la veracidad de sus escritos? ¿Por qué, cuando se trata de Jesús, curiosamente, se cuestiona prácticamente todo? ¡Increíble! Aunque entiendo que es un personaje que causa conflictos.

Rafa, analiza un momento el impacto que el cristianismo ha tenido en la vida del mundo, en tu propia vida. Por ejemplo, ¿de dónde viene la distribución del tiempo semanal con un fin de semana que culmina en un día festivo, en el que

por ley no se trabaja? Pues fue instituido por el emperador romano Constantino en el s. IV d.C., para celebrar el día del Señor (*domingo* viene del latín *Dies domini*). ¿Dónde nació el concepto de «derechos universales del hombre»? No existía algo así antes del cristianismo. Fueron acuñados por Bartolomé de las Casas, un fraile católico del s. XVI d.C. Y no hablemos del arte, la cultura, la medicina, la música o la cosmología, con personajes como Copérnico, Kepler, Brahe o Newton. El mundo que conoces Rafa ha sido construido en los pilares del cristianismo.

«Pero, padre, ¿qué pasa con la Inquisición, las Cruzadas y la venta de indulgencias?». Pues pasa que los hombres somos un desastre. «¿Y los papas corruptos?». Que la gente habla de los que han sido un anti testimonio, pero nadie menciona los más de ochenta que son santos canonizados, o sea, personas que han sido modelos de vida para todos los hombres (*canonizar* quiere decir poner la vida de una persona como *canon*, modelo o regla para los demás).

«¿Y las riquezas de la Iglesia?» ¿A cuáles te refieres? Tal vez a los hospitales, dispensarios, leproserías, orfanatos, centros educativos, casas para enfermos crónicos y minusválidos, cuyos costos son de miles de millones de dólares. ¿Por qué no hablas con tus amigos de esas cosas?

¡Claro que en la Iglesia Católica hay mucha suciedad Rafa, pero eso no es culpa de Dios! A mí no me preocupa que la gente hable solo de lo malo. Lo que sí me preocupa es que

ni tú ni tus amigos tengáis argumentos para hablar de lo bueno que hay, que es muchísimo.

Sí, existe una religión verdadera y es la que, a pesar de tantas cosas, sigue a un hombre que dijo: «Yo soy Dios». La gran novedad del cristianismo no consiste en «no hacer a los demás lo que no quieres que te hagan». No hace falta ser creyente para entender eso. Consiste en que Dios, por amor a ti, vino al mundo para ser parte de tu vida.

En resumen, Rafa. El cristianismo no es un código moral. Es una religión basada en la encarnación de Dios. Él no vino a terminar con nuestros problemas, sino a decirnos que hay una forma de enfrentar la vida que nos hace navegar seguros. Vino a decirnos que quien escucha su palabra es como un hombre que construye su casa sobre «roca firme» (Cfr. Mt 7, 24). Todos estamos llamados a llegar a la otra orilla, a la visión de Dios cara a cara, pero no es lo mismo hacer la travesía en burro, en coche o en avión. Yo elegí lo más rápido y lo más seguro, la Iglesia católica. Y tú, ¿qué vas a elegir?

Te dejo un propósito sencillo. Busca en internet datos más específicos, en millones de dólares o en cantidad de instituciones, sobre lo que la Iglesia hace en el mundo. Y cuando te hablen de lo malo, ten alguno de esos datos en tu cabeza.

Sexta carta

El tortazo en bicicleta y el significado de la palabra *pecado*

Querido Rafa:

¿Qué es el pecado y por qué a Dios le molestan tantas cosas? Durante mucho tiempo siendo joven, entendí el pecado como algo vago, abstracto, vacío de contenido; o lo que es incluso peor, como una simple ilegalidad o transgresión de la ley: una ley que más bien te corta las alas y no te deja ser tú mismo.

Para afrontar este tema vamos a imaginarnos, una vez más, que eres ya padre de familia y tienes un hijo de cinco años. Has tomado la decisión de que tu hijo aprenda a montar en bicicleta, pero contigo a su lado. Pero el niño, terco como una mula, decide un día subirse a la bici sin papá. Y, ¡claro! Sin papá sucede lo inevitable: que se la pega. Y sigue lo esperado: que empieza a llorar como un descosido. De hecho, el impacto ha sido bastante fuerte. El niño se dejó ir, perdió el equilibrio y se estrelló contra el coche de Alfonso, tu vecino recién casado. Se ha abierto la rodilla y se ha roto una muñeca. Todo el vecindario puede oír el llanto desconsolado.

Al oír los gritos sales corriendo de la sala de estar y te encuentras con ese espectáculo. «Pero ¡cómo se te ocurre!». Esa fue tu primera reacción, la más instintiva. Rápidamente te acercas, le quitas la bicicleta de encima. Al querer tocar a tu hijo no te deja. Está en el suelo, adolorido. No quiere que le toques. Se ha hecho daño. Ni tus palabras ni tus intentos de consolarlo sirven de nada. Sencillamente le duele.

Rafa, tú no te has pegado el golpe y sin embargo te duele. ¿Por qué te duele? Porque tu hijo se ha hecho daño. Y, como es tu hijo, te duele. Casi puedes sentir el mismo dolor en la rodilla y en la muñeca. Es increíble.

Volvamos ahora al tema del pecado. Como te decía, muchos lo ven solamente como la transgresión de una ley. Una ley que por cierto entienden únicamente como invasión de su libertad. El padre le dice al niño: «No te montes en bici solo». Pero el niño no hace caso. Eso es el pecado. El no hacer caso, es decir, la desconfianza en el Padre que es lo mismo que no amarle.

Respecto a esto de entender en qué consiste el pecado, Jesús habla en el evangelio. En una ocasión, un hombre que quería dárse las de listo le preguntó: «¿Cuál es la ley más importante?». Los judíos de aquel tiempo tenían más de 380 normas escritas en su *Toráh* sobre cómo no ofender a Dios. Jesús le respondió: «No te compliques la vida y vete a lo esencial: ama a Dios y a tus hermanos» (Cfr. Mt 22, 34).

Ahí está el núcleo del pecado: el no amar como somos amados y en desconfiar de tu Padre. Si lo piensas, cada tentación empieza siempre de la misma manera, como una duda: «¿De verdad crees que Dios te quiere, que se preocupa por tí?». La historia de la serpiente en el paraíso lo narra de esa manera. La serpiente le dice a la mujer: «¿De verdad os ha dicho Dios que no comáis del árbol?» (Gn 3,1).

Pero no hemos llegado al meollo del asunto. Volvamos un momento al dolor que tú mismo sentiste como padre viendo a tu hijo tirado en el suelo y sangrando. El pecado no solo es una falta de amor o de confianza; es además el daño que uno se hace a sí mismo. Y cuando sufrimos, Dios sufre con y por nosotros.

Dios sabe lo que nos hace daño y, cuando nos herimos, sufre con nosotros. Eso es el pecado. Las heridas que nos autoprovocamos y que por ello ofenden a un Dios que no quiere vernos sufrir. Y por eso nos pone algunas leyes: «No te subas solo a la bicicleta».

Sobre la falta de confianza como raíz del pecado, se podría decir algo más. Piensa en esto. Si ese mismo hijo tuyo, ya con diecisiete años, llega un día y te dice: «Papá, confieso que te robé dinero de la cartera y choqué tu coche». Supongo que eso te sacaría de tus casillas. Pero, ¿qué prefieres, que te diga eso o que un día te diga: «Papá, no sé si me quieres, no sé si me puedo fiar de ti?»

¡Qué duro! ¿Qué te dolería más? Supongo que lo segundo. Pues con Dios pasa lo mismo. Le duele que no le hagamos caso o que nos hagamos daño a nosotros mismos y a los demás. Pero lo que más le duele, es que no confiemos en él.

Por ello es estupendo pensar en ese momento en el que tu hijo te da un abrazo y te dice: «Papá, perdón por no hacerte caso». Y esto es la confesión. Paréntesis: los mandamientos que Dios nos ha dado son diez y yo no sé por qué hay tanta fijación con el número seis, el que habla de la vida sexual. Como si servir a los demás, honrar a tus padres o no herir a las personas no fuera importante. Y no digamos aquellos pecados que llamamos de omisión, que consisten en dejar escapar oportunidades para hacer el bien. Estas omisiones pueden ser más graves que faltas personales de las que tal vez te confiesas con frecuencia. ¿Recuerdas la historia que Jesús narra en el evangelio sobre el rico epulón? En síntesis, un hombre rico no pudo llegar al cielo no tanto por haber hecho cosas malas, sino por la indiferencia con la que trató a un mendigo que vivía a las afueras de su palacio (Lc 16,19).

Un comentario sobre la confesión. Me podrías decir: «Pater, puedo hacerlos sin un sacerdote y Dios me escucharía igual» Claro que sí. Pero te perderías la oportunidad de sentir su caricia y de escuchar sus palabras, sus consejos y experimentar de un modo tangible su perdón. Dios sabe

que necesitamos elementos tangibles. «¡Pues una vez fui con un cura y me puso una regañada impresionante!» De hecho, es algo que pasa a veces y la gente se aleja de Dios, pero recuerda que el factor humano estará siempre ahí con sus miserias. No te quedes estancando por eso. Busca otro y reza por ese sacerdote. Incluso podrías en algún momento hacerle ver que ese modo de tratar a la gente no ayuda. Los sacerdotes también necesitamos que nos digan las cosas y nos ayuden a ser mejores.

«Pero pater me da vergüenza». Rafa recuerda que en la confesión no tienes que bajar a los detalles. Basta decir lo suficiente para que el sacerdote entienda de qué se trata o cual es el problema. Si vas al médico y no eres claro difícilmente va a poder hacer un buen diagnóstico de lo que necesitas. Es un poco parecido.

«¿Pero de qué sirve confesarse cuando sabes que vas a caer otra vez?». Y tú, ¿para qué comes si sabes que al rato te va a dar hambre? La confesión no es solamente para perdonar pecados. Acuérdate de que el ser humano tiene dos facultades: inteligencia y voluntad. La confesión ilumina tu inteligencia para conocerte mejor y entender qué decisiones te hacen más feliz. Y fortalece tu voluntad para no tropezar con tanta frecuencia. Es como una transfusión de sangre, de la sangre de Jesús.

Los pecados y los malos hábitos debilitan la voluntad, rebajan la autoestima, nos roban la motivación y

nublan nuestra capacidad de ver la realidad con mayor objetividad. Y no pienses solo en el mundo sexual, sino en el rencor, el egoísmo, la envidia, la crítica, los juicios a los demás, etc. Es como un virus que invade todo el organismo. La confesión es como una inyección de esteroides, un antídoto, una fuente de vitaminas... pero, sobre todo, es un abrazo que todos necesitamos.

En fin, Rafa, ordenando algunas ideas. Deja de pensar en el pecado como en una ley o como algo abstracto y vacío de contenido. Empieza a verlo como es: decisiones que te dañan a ti o a los demás y que por eso ofenden a tu Padre. Deja de vivir tan obsesionado con el sexto mandamiento, como si toda la vida cristiana dependiera de eso. Piensa más en los actos de omisión (o sea, oportunidades para hacer el bien que dejaste escapar), en faltas de amor y de agradecimiento con tus padres, en mentiras, críticas o comentarios que destruyen la reputación de otras personas. Piensa en los diez mandamientos y verás cómo la confesión se convierte en un trampolín hacia un estilo de vida que te hace más feliz, que te ayuda a sacar lo mejor de ti mismo.

Como propósito, haz una cosa. La próxima vez que sientas la necesidad de hablar con un sacerdote para que escuche tu confesión empieza por mencionar la falta de confianza en el amor de Dios que viene a ser la raíz de todos los demás pecados. Y en tu examen de conciencia

analiza, junto a otras cosas, las oportunidades que has dejado escapar para hacer el bien a los demás. ¡Verás que cambio!

¡Un abrazo fuerte!

Séptima carta

La chica «no tan guapa» y la auténtica felicidad

Querido Rafa:

¿Es posible ser feliz en esta vida? ¿Cuál es el referente para tomar buenas decisiones? Son dos preguntas distintas, pero están muy relacionadas, porque es imposible ser feliz sin tomar buenas decisiones. Y el hecho es que nunca ha sido fácil tomar decisiones, sobre todo cuando se trata de decisiones importantes.

Ya te habrás dado cuenta de que, con cada año que pasa eres menos niño y cada vez más el derrotero de tu vida, depende de las decisiones que vas tomando y no de las que toman tus padres.

Rafa, te confieso que me sorprende la cantidad de personas que sueñan con una felicidad que no pueden alcanzar, sencillamente porque no existe. Así es. ¡No existe! Al menos, como ellos la piensan. Mucha gente proyecta idílicamente una vida sin problemas, sin luchas, sin dificultades... esa vida no existe. Y si alguien te la ofrece, miente. Piensa si en algún momento del evangelio Jesús, que era un tío muy listo, prometió la felicidad. No lo hizo. Al menos, no en esta vida. Pero sí prometió algo

muy distinto cuando dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy, pero no como la que ofrece el mundo» (Jn 14,27). Ahora veremos en qué consiste esa paz.

Por lo pronto, volvamos a la estructura del ser humano, ¿te acuerdas? El hombre es inteligencia (cabeza) y voluntad (corazón). En la cabeza tienen lugar los juicios y los razonamientos. En el corazón fluyen las emociones, los sentimientos y todo el mundo de la emotividad que es tan importante.

Digamos que la vida del hombre es como el mar. En la superficie están las olas, el viento, las tempestades o días soleados. Es el mundo de las emociones. Hay días maravillosos y días en los que sientes que te quieres tirar por la ventana. Es divertido y dramático. Es un mundo maravilloso. Pero a ese nivel, hay muchos elementos que no dependen de ti: circunstancias de tu país, de tu familia, decepciones con las personas, economía, cambios climáticos... ¡no puedes controlarlos ni decidir sobre ellos! Y las emociones están inevitablemente condicionadas por todos estos elementos. Además, son pasajeras, como el clima. Van y vienen. Por más que quieras agarrarte a un instante de esa emoción que llamamos «felicidad», se te escapa, como un puño de agua entre las manos.

Pero si te sumerges un poco, en seguida hay más silencio, más quietud. Es el mundo más interior, el mundo de las decisiones. No es ni de lejos tan llamativo,

es menos ruidoso, menos espectacular. Puede ser aburrido y monótono. Pero a ese nivel, los elementos sí dependen de ti, no de las circunstancias. No puedes controlar el clima, pero puedes decidir cómo aprovechar un día de tormenta. No puedes controlar que alguien te decepcione, pero si puedes verlo como una oportunidad de aprendizaje. No puedes prever despertarte de buen humor, pero en caso de levantarte triste, puedes optar por vivir un día más reflexivo y leer o escribir algo de contenido. A diferencia de las emociones, que son pasajeras, las decisiones permanecen y provocan un estado anímico que permanece.

Rafa, las emociones están más relacionadas con el corazón y provocan un sentimiento. Las decisiones están relacionadas con la razón y generan un estado. El estado permanece. ¿Qué quiere decir esto? Que es posible sentirse mal, pero saberse en paz. ¿Nunca te ha pasado eso? No es tan complicado. Si en vísperas de un examen importante te invitan a una fiesta, pero decides no ir porque debes estudiar, cuando te acuestas te sabes satisfecho de haber tomado una buena decisión, aunque te sientas con ganas de ir. Y eso, es ser feliz.

Por eso se dice que la vida es como un pequeño barco de vela. Hay días en los que sopla el viento e izas las velas para avanzar más rápido. Sucede cuando un sentimiento feliz acompaña una buena decisión...

¡fenomenal! Disfrútalo. Pero, ¿qué pasa si no hay viento, si los sentimientos no acompañan? Pues sacas los remos, es decir, la determinación de mantenerte fiel a una buena decisión; y te pones a remar.

Te puedo asegurar que un hombre que está en paz (que vive de buenas decisiones y se mantiene firme) siempre será feliz. Lo será realmente, aunque sea con remos. Pero un hombre que no está en paz y vive dependiendo del viento, de los sentimientos, difícilmente será feliz.

Me dirás: «Vale padre, te la doy. Estoy de acuerdo en que la auténtica felicidad consiste en estar en paz y que esa paz consiste en tomar buenas decisiones, pero, ¿cómo saber cuál es la decisión correcta?». Buena pregunta. Aquí es donde el corazón tiene más protagonismo, aunque parezca una paradoja.

Rafa, hay muchos tipos de decisiones. Mi padre decía que, de hecho, solamente hay dos realmente importantes: la elección de tu mujer y de tus amigos. Todo lo demás, de algún modo se sigue como consecuencia de haber elegido bien a la madre de tus hijos y de haber escogido correctamente a aquellos amigos íntimos con quienes decides compartir la gran aventura de la vida.

Pero junto a estas dos grandes decisiones hay muchísimas otras. ¿Cómo elegir? ¿Con qué referente? Digamos que tienes tres que te sirven de brújula: el

sentido común (la razón natural); la palabra de Dios (los mandamientos) y, ahora sí, el corazón. De estos tres, para mí, el más importante es el corazón, pero hay que aprender a leerlo y no es fácil.

Yo a tu edad me enamoraba una vez a la semana. Me gustaban todas las niñas al mismo tiempo y me costaba muchísimo decidirme; pero me sucedía algo muy sencillo y que me ha acompañado siempre después para tomar decisiones.

No sé si te ha pasado alguna vez lo siguiente. Resulta que te encuentras en una fiesta, unas copas, un campeonato de fútbol o lo que tú quieras. Y hay dos chicas que te han llamado la atención, dos en particular. Las dos son muy atractivas físicamente. Pero digamos que, de las dos, hay una que es un pelín más guapa que la otra. Tal vez incluso es toda un *influencer*, con miles de seguidores en su cuenta de Instagram, de esas chicas a quienes les pagan un dineral por aparecer treinta segundos diciendo que «no sé qué marca de perfume ha cambiado su vida». Cualquier chico del bachillerato moriría por salir con ella. Y digamos que, como decimos en España, «te anda tirando los tejos», y está esperando a que des el primer paso.

Pero, está esa otra chica, más introvertida, menos popular, deportista. No le gustan tanto las redes sociales y disfruta más pasar tiempo en casa con sus hermanos

pequeños. Tal vez físicamente sea algo menos atractiva que la otra, pero tiene un encanto personal que te ha robado el corazón ¡y lo sabes! Y también sabes que está deseando acompañarte a tomar algo, cualquier día, a la salida de clases.

¡He ahí el dilema mi querido Rafa! La *influencer* o la deportista. La más guapa o la que cautiva tus pensamientos. Y aquí entramos en lo que llamamos el «discernimiento del corazón». Analiza esto. El hecho es que te gustaría que te gustara más la primera. ¡Pero no es así! Sabes que te gusta más la segunda. Sencillamente lo sabes. Podrías pasar horas tratando de convencerte a ti mismo de lo contrario. Sería más *cool* salir con la primera. Pero sabes que te gusta más la segunda. El corazón no engaña.

Ese instinto interior, ese impulso del corazón remite a algo dentro de ti que da seguridad. Decisiones como salir con la chica menos atractiva, no ir a la fiesta por quedarte a estudiar o dedicarle tiempo a una persona sin pedir nada a cambio pueden costar, pero sabes que son las correctas y te hacen estar en paz.

Por todo ello, Rafa, recuerda que no existe una felicidad sin problemas, pero sí una vida en paz. Y el que vive en paz es feliz. ¿Cómo vivir en paz? Tomando buenas decisiones, aunque cuesten. ¿Cómo saber cuáles son las buenas decisiones? Déjate guiar por tres elementos: el

sentido común; los mandamientos de Dios y tu propio corazón.

Te dejo algo de tarea. Estoy seguro que delante de ti, en este momento, tienes varias decisiones importantes: elegir una novia, escoger una carrera, dedicar parte de tu tiempo a algo en particular, etc. Agarra una hoja, escríbelas una por una y pásalas por ese triple filtro, preguntándote sobre cada decisión en particular: (1) Independientemente de lo que me cueste, ¿qué sería lo más responsable, lo más prudente, lo más lógico, lo que tiene más sentido?; (2) ¿Qué me diría Jesús sobre esto? ¿qué dicen los mandamientos? ¿Qué dice la Iglesia?; (3) Siendo honesto conmigo mismo, ¿qué me dice el corazón? ¿Qué me pide?

Y acuérdate de pedir consejo. No al que te va a decir lo que quieres oír, sino al que sabes te va a aconsejar lo que debes hacer, ¡aunque te cueste! Te puedo asegurar que serás un hombre en paz contigo mismo y, por ello, realmente feliz.

Un abrazo. Dios te bendiga.

Octava carta

La manzana mordida, la noche de bodas y la castidad

Querido Rafa:

¿Por qué, en el tema sexual, Dios nos pone tantas trabas para hacer lo que queramos? ¿Por qué tantas restricciones de la Iglesia respecto a la vida sexual y la intimidad de las personas? ¡Ahora sí que hemos abierto la caja de Pandora!

Para empezar, no sé si te has dado cuenta de que, si creemos que Dios creó el mundo, ¡también creó el sexo! Resulta que el primer enamorado del sexo es Dios. De hecho, la atracción sexual es como la fuerza de la gravedad, que mantiene todo en su lugar y en movimiento. Si no fuera placentero tener sexo ni siquiera habría niños en el mundo.

Él podría haber inventado mil formas de reproducir seres humanos, pero se inventó ésta. Primero, partió en dos al ser humano: macho y hembra, hombre y mujer. Los dos iguales en belleza y dignidad. Dos mitades, por así decir, que se buscan y se complementan. Dos mitades que son imagen suya y que lo son, precisamente, cuando se

unen en una sola carne, en el sexo. Es una pasada. ¡Y esto lo dijo un Papa!

En este campo hay muchos temas interesantes y relacionados, pero debemos partir siempre de un principio importantísimo: Dios va a esperar siempre de nosotros lo mejor, lo más excelente. Curiosamente, en cualquier ámbito de la vida, deportes, relaciones sociales, trabajo, nadie te va a cuestionar que aspire a lo mejor, a lo más excelente. Es un valor reconocido por todos: huir de la mediocridad.

Rafa, ¿por qué entonces en el ámbito de la sexualidad la gente se conforma a veces con tan poco, con lo más mediocre, con lo menos exigente?

Hace unos meses me tocó participar en una de esas dinámicas de grupo que te hacen reflexionar. Un joven universitario que había tenido múltiples relaciones sexuales con mujeres desde los dieciséis años, agarró una manzana y pidió a los que estábamos ahí que la fuéramos pasando de mano en mano dándole cada uno un mordisco. Cuando llegó a mis manos había pasado por veintitrés personas y, sinceramente, no sabía ni por donde agarrarla, ni mucho menos donde hincarle el diente. Pero tuve que hacerlo. Y lo peor es que quedaban diez personas más detrás de mí.

El experimento habla por sí mismo. Rafa tu cuerpo y tu corazón son como esa manzana fresca, intacta, limpia. Su único dueño y destinatario debería ser la madre de tus

hijos. Pero, ¿qué pasa si dejas que la mordisqueen una y otra vez? ¿Qué le vas a dejar a tu mujer? Ella se merece lo más noble de tu parte.

«Pero, padre», me dirás: «¿Por qué Dios ha hecho al hombre fértil a los quince años y le ha pedido esperar diez o más años hasta poder casarse?». Pues eso es un problema nuestro. No de Dios. Hemos hecho la vida tan complicada, tan sofisticada, que tenemos que tener una carrera, una casa, un coche y un millón de dólares en el banco para poder casarnos, pero, ¿quién ha dicho que Dios quería todo eso? ¿Por qué no pensar que Dios tenía pensado que el matrimonio fuera a los dieciséis años? De hecho, en la antigüedad la gente se casaba mucho antes. Pero somos expertos en complicarnos la vida y luego echarle la culpa a Dios.

En fin, no se trata de que Dios o la Iglesia quieran entrometerse en tu vida privada y condicionar lo más grande que tienes, que es tu libertad. Por más que sea incómodo hablar de esto, ni Dios ni la Iglesia van a claudicar de exigir de ti lo más noble, lo más excelente. O sea, que llegues a tu noche de bodas con una manzana intacta, fresca, jugosa para tu mujer.

«Pater, ¿y qué pasa si ya no puedo ofrecerle a mi futura esposa una manzana, así como la que tú dices, jugosa, lavada, fresca, limpia?». Pues no pasa nada, porque lo que le vas a presentar a tu esposa esa noche de bodas no es

un trozo de carne, un cuerpo, sin un corazón. Y el corazón es el núcleo de tu persona. Ese corazón se equivoca, pero también se redime cada día. Lo importante es que ya desde hoy luches por ser dueño de ti mismo, por no dejarte llevar.

Pero vayamos más en profundidad. No se trata de discutir ahora sobre los motivos para permanecer virgen hasta el matrimonio, de cómo eso ayuda a fortalecer el vínculo matrimonial y de cómo prepara la pareja para enfrentar muchas dificultades en la vida. Ese tema daría para un libro entero y hay muchos.

Quiero que pienses en algo más importante. ¿Qué es la sexualidad? Es algo mucho más complejo que tener relaciones sexuales. La sexualidad es la capacidad que tú y yo tenemos de amar y sentirnos amados. Por más que uno experimente placer sexual, si no se siente amado, a la larga experimentará un gran vacío. Una prueba de esto es que hay muchísimas personas que tienen sexo con frecuencia y no son felices, incluso dentro del matrimonio. Y también hay muchísimas personas como yo, que no tenemos sexo y somos súper felices. ¿Por qué? Porque nos sabemos amados.

No te digo que sea fácil. Nada hay más instintivo que el impulso sexual. Como te dije, es la ley de la gravedad que mantiene todo en marcha. Hay que aprender a dominarse a través de la virtud de la castidad para no comportarnos

como animales. Cuesta, pero tiene una gran ventaja porque un hombre que es dueño de sí mismo en este campo, es dueño del mundo entero. Un hombre que se conquista a sí mismo tiene mucho más mérito que el que sube el Everest a pleno pulmón. Un hombre que es dueño de sí mismo, es un hombre libre. Y uno aprende a ser dueño de sí mismo todos los días.

Rafa, dentro de este gran tema sobre la sexualidad humana hay un laberinto de temas relacionados e igualmente importantes que entran dentro de lo que llamamos bioética. Pero ahora mismo con la edad que tienes a lo mejor no te afectan tanto. Por ejemplo, el recurso a métodos anticonceptivos dentro del matrimonio, las técnicas de reproducción asistida, la defensa de la vida desde la concepción, etc. Para todo esto la Iglesia tiene una línea de razonamiento clarísima: buscar siempre lo que es más noble de un ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, fruto de un acto de amor y pensado para amar y ser amado. Desde este principio fundamental se enfrenta toda esa realidad tan compleja.

Sobre estos temas y sobre tantos otros relacionados con la sexualidad Jesús no dijo demasiado. Se limitó a insistir en la necesidad de mantener un corazón limpio, cuando dijo que «el que mira a una mujer deseándola de forma lujuriosa ya cometió adulterio con ella en su corazón» (Cfr. Mt 5,28). Y hablando del matrimonio, afirmó su indisolubilidad al

decir que el hombre «debía dejar a su padre y a su madre para unirse a su mujer y ser con ella una sola carne» (Cfr. Mc 10,7). El Señor no era amigo de dar muchas reglas sino de establecer grandes principios de acción apelando a la nobleza del ser humano, dejándonos el trabajo de sacar conclusiones para muchos otros aspectos de la vida. Por eso existe algo llamado *magisterio de la Iglesia*.

En fin, Rafa, más que respuestas concretas para una casuística que es infinita te quería dejar un principio y es éste: si en tu vida aspiras a la excelencia en todo, no te conformes en el ámbito de la sexualidad con lo más fácil o lo que hacen todos. Ofrécele a tu futura esposa y a la madre de tus hijos tu mejor esfuerzo antes de llegar al matrimonio. Y una vez casado, fíate y déjate acompañar por lo que pide la Iglesia que no es siempre lo más fácil, pero sí es lo mejor.

También aquí te quiero dejar algo de trabajo. No es para hacerlo ahora. Digamos que es una tarea a largo plazo. Cuando en el futuro sientas que está creciendo la relación con tu novia, que la cosa va en serio, te ayudará mucho un día invitarla a cenar y tener una conversación sobre temas como relaciones prematrimoniales, los hijos, el aborto, etc.; preguntarle cómo lo ve, qué es lo que busca, qué espera. Es importantísimo estar en la misma página y trabajar en equipo.

¡Ánimo Rafa, a echarle ganas!

Novena carta

CR7, Messi, Jesús de Nazaret y la verdadera hombría

Querido Rafa:

¿Qué quiere decir ser un hombre de verdad? No te creas que esta pregunta atañe solamente a los chicos. Porque cuando tú y tus amigos sois lo que debéis ser para las chicas, ellas mismas se entienden mejor a sí mismas. Y por lo que respecta a modelos de vida, Cristiano Ronaldo o Lionel Messi serán tíos estupendos, pero podemos aspirar a más. Aquí te quiero invitar descaradamente a fijarte un momento en aquél carpintero pobre, Jesús de Nazaret, que además de ser Dios y hombre, fue un auténtico caballero.

Antes de entrar en materia, permíteme comenzar con un desahogo. Te confieso que estoy un poco cansado de ésos que te venden la biblia o el evangelio como una receta para diversos males. Es decir, si estás triste, lee este pasaje. Si quieres fortalecer tu autoestima, lee este otro. Si lo que buscas es reconciliación, reflexiona sobre esta frase del evangelio. No es que esté mal, pero convertimos el evangelio en una antología de citas interesantes. Pero

de éstas ya hay muchas y no necesariamente basadas en la palabra de Dios, sino en hombres inteligentes y experimentados que con muy buen criterio comparten pedazos de sabiduría.

El evangelio no es una antología de citas, Rafa; ¡es una historia apasionante! Más en concreto, una biografía. Cuenta la vida de un hombre del todo particular que se atrevió a cuestionar el *status quo* de su tiempo con una valentía inaudita.

Un hombre que en aras de la verdad se enfrentó con las autoridades religiosas y civiles de su tiempo llamando a las cosas por su nombre. Su única debilidad, fue no tolerar la hipocresía de las personas. Sus orígenes eran sumamente pobres y su vida pública no contaba con el respaldo de un buen apellido o un patrimonio económico establecido. En tan solo tres años dio forma a una comunidad de personas que subsiste después de dos mil años y de la que tú y yo somos parte (Iglesia significa *asamblea, comunidad*). Libre del respeto humano, inició un movimiento espiritual que ha terminado por configurar el rostro de la cultura occidental y dividir la historia de la humanidad en dos partes.

Rafa, ese hombre es Jesucristo. Una persona fuera de serie. Y no tienes idea de la pena que me da el hecho de que tantos jóvenes como tú no lo conozcan o lo conozcan tan mal. Queriendo o sin querer hemos sepultado el

encuentro con Él, hablando de su mensaje o de las leyes de vida que de ese mensaje se derivan. Pero, ¿qué sentido tiene vivir lo que te dice si no lo conoces? ¿Acaso una ley puede liberarte o hacerte feliz? Para nada.

Alguien puede no creer en Dios o no creer en la Iglesia, pero lo que no puede es no querer ser feliz o no querer conocer la verdad. Y ahí está la genialidad de Jesús. El no dijo: «Yo soy un sistema moral» o «Yo soy un sentimiento bonito». Él dijo algo mucho más atrevido: «Yo soy el camino. Yo soy la verdad» (Jn 14,6).

Por eso quiero repasar contigo, aunque sea por un momento, el evangelio. No quiero hacerlo buscando frases interesantes sino leyéndolo como una historia. Cada uno de los cuatro evangelios son cuatro pequeñas biografías que se complementan unas a otras. Nos separan de sus autores cerca de dos mil años y obviamente ni el estilo nos es familiar, ni la intención fue la de contar tal cual todo lo que pasó. Hay momentos de la vida de Jesús algo novelados o adornados de forma poética, entremezclando sucesos reales con otros elementos literarios, pero eso no quita lo fundamental.

El caso, Rafa, es que Jesús era un tío fuera de serie. Al haber elegido venir al mundo como hombre, me refiero como varón, te puede incluso enseñar acerca de lo que quiere decir ser un hombre de verdad. Lo primero que podemos aprender de él es firmeza, valentía. Fíjate en

cómo interactuaba con diferentes tipos de hombres diciéndoles sus verdades sin humillarlos, más bien queriendo sacar lo mejor de cada uno.

A los líderes religiosos que vivían de apariencias les decía: «Hipócritas, dejaos de tantos formalismos y poneos a vivir lo que predicáis» (Cfr. Mt 15,7-20). A los líderes políticos, tan condicionados por la avaricia y el poder de este mundo les recuerda que «existe un reino que no es de este mundo» (Cfr. Jn 18,36). A las prostitutas no las condena, más bien las defiende de aquellos que se las juzgan y quieren lapidarlas como si fueran la peste: «El que esté libre de pecado que tire a esta mujer la primera piedra» (Jn 8,7). Y tomándola de la mano le invita a vivir una vida diferente y digna de una mujer.

También nos comunica seguridad y señorío sobre toda la creación. Al viento y al mar le dice: «Cállate» (Mc 4,39). Expulsa a los demonios que atormentan a las personas y se enfrenta sin temor al mismo Satanás a quien llama «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44).

Nos enseña que no se es menos hombre por ser cariñoso, por ejemplo, cuando trata con los niños (Mt 19,14), ni tampoco menos varonil por mostrar sentimientos o llorar delante de los demás. Jesús lloró por la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11,32) y también lo hizo al pensar en la destrucción de su ciudad (Lc 19,41), algo que sucedería setenta años después de su muerte.

Y así podríamos seguir. Jesús era todo un líder, seguro de sí mismo, libre, inteligente, astuto con sus enemigos, entrañable con las personas, exigente con sus seguidores. Toda su persona resulta apasionante. Déjate cautivar por su modo de ser, de actuar y de hablar. Mirándolo a él, podrás descubrir un modelo para tu vida, un estilo de ser hombre, de ser todo un caballero. Y descubrirás una forma de ser tú mismo, de la que podrás sentirte orgulloso al final de tu vida.

En fin, Rafa, no seas un católico porque «te tocó» o de esos que lo son porque ser católico «te ayuda a ser buena persona». Selo, porque quieres y porque estás orgulloso de serlo para ti mismo y para los demás. Selo, porque leyendo el evangelio, te has sentido cautivado por este hombre extraordinario que dice ser el mismo Dios encarnado en un cuerpo como el tuyo.

Recuerda que el evangelio no es una antología de citas interesantes sino una biografía. Recuerda que no tiene sentido decir que eres católico si no has hecho un esfuerzo por conocer quién y cómo es Jesús de Nazaret. Perdóname la expresión, pero, ¡no seas hipócrita! ¿Qué sabes de Él? ¿Cuándo fue la última vez que tomaste un par de minutos para leer el evangelio tú solo y hacerte una idea de quién fue, qué dijo y qué hizo Jesús?

Aquí, más que una tarea, te quiero proponer un reto. Jesús dijo una vez: «Todo aquél que me confiese delante

de los hombres, yo también daré testimonio de él ante mi Padre y ante los ángeles del cielo» (Mt 10,32). Cuando vayas a comer fuera con tus amigos o tu familia, no te avergüences de bendecir los alimentos o hacer la señal de la cruz. Rafa, ojalá que nunca te dé vergüenza reconocer públicamente que lo conoces y tratas de seguirlo en tu vida de todos los días. Verás como Él nunca te va a decepcionar.

¡Un abrazo, Rafa! Dios te bendiga.

Décima carta

¿Hablar con Dios? Imposible

Querido Rafa:

¿Cómo puedes relacionarte con alguien que no puedes tocar o sentir? El gran tema sobre el contacto con Dios. Aquí vamos a saltar directamente a lo que nos enseñó Jesús. Ya te he dicho antes cómo Él nació y creció en una religiosidad donde el contacto con Dios venía muy determinado por el cumplimiento de normas. Digamos que toda la religiosidad de su tiempo estaba caracterizada por el control, no por la libertad.

Rafa, lo contrario de la libertad no es la esclavitud, sino el control. Y a Dios no le gusta controlar. Los hombres tendemos a querer controlar todo, incluso nuestro modo de relacionarnos con Dios. Tal vez porque eso nos da cierta seguridad, pero termina por ahogar el corazón.

Jesús nos enseñó una forma de relacionarnos con Dios mucho más libre, más espontánea. Es más, dijo que teníamos que hablar con Dios como un hijo habla con su Padre. Y en aquella época fue una auténtica novedad.

Sinceramente no recuerdo haber hablado contigo sobre esto, pero sí con otros chicos de tu edad que me

han preguntado: «¿Cómo hago para hablar con Dios?». Por suerte para todos, esto mismo se lo preguntaron al mismo Jesús y Él respondió, como siempre, con pocas ideas, pero llenas de contenido.

Por lo pronto hay que meter por un momento en el cajón esas imágenes de santos que predominan en estampitas y en muchas Iglesias, donde aparecen con los ojos volteados al cielo y las manos en el corazón, como individuos raros, casi alienígenas, únicos en su especie, capaces de entrar en contacto con la divinidad. ¿Qué dijo Jesús realmente sobre la oración?

Lo primero, algo así como que «no te compliques la vida ni uses muchas palabras» (Cfr. Mt 6,7). No sé qué piensas tú, pero en mi experiencia cuando me ha tocado estar con alguien que acabo de conocer o que apenas conozco me siento en la obligación de hablar de algo, de crear conversación. Puede llegar a ser agotador. En cambio, cuando estoy con mis mejores amigos o con gente de confianza no siento la necesidad de decir nada. Basta estar ahí, con naturalidad, dejarte llevar. Cuando hay confianza incluso el silencio habla por sí mismo. Pues lo mismo pasa con Dios. No hay que forzar la conversación como si no nos conociera. Es más, Jesús llegó a decir que «él ya sabe lo que traes en el corazón antes incluso de que se lo pidas» (Mt 6,8).

Lo segundo que recomendó es «encerrarnos en nuestra habitación» (Mt 6,6). Es decir, buscar un lugar para

estar tranquilo, a solas, lejos de la mirada de los demás. Y nos advirtió acerca de una religiosidad de apariencias, de esas personas que hacen las cosas, incluso rezar «para ser vistos por los demás» (Mt 6,5).

Lo tercero, y ésta es para mí la mejor parte, dijo que no tengamos miedo de pedir y de pedir mucho «porque el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama se le abre» (Mt 7,8). Compara a Dios con un padre bueno incapaz de negar nada al hijo que quiere. Presupuesto que sea bueno para él (tal vez por esto Dios no te concede todo lo que le pides).

Y a Dios Rafa se le piden cosas grandes. Tu imagínate que llevas todo el año trabajando con la ilusión de poder hacerle a tu hijo de once años un gran regalo el día de Navidad y ya le echaste el ojo a una bicicleta de montaña a su medida. Cuando se van acercando las fechas le preguntas: «Entonces, ¿qué te gustaría recibir de regalo esta Navidad?». Y tu hijo te responde: «No sé, papá... tal vez un bolígrafo y una hoja de papel» ¡Menuda decepción! Probablemente le dirías: «¿Eso es todo lo que esperas de tu padre? ¡Piensa en algo más grande!». Pues Dios es igual. Se decepciona cuando solo le pedimos cosas pequeñas.

Por último, sabiendo que somos expertos en andar por las ramas y no hacer caso del todo cuando se nos dice algo, nos enseñó una forma concreta de oración: el «padrenuestro» (Lc 11,2). Rafa, es una pena que, a base

de decirla tantas veces haya perdido tanta fuerza. No quiero alargarme, pero sí me gustaría compartir contigo las tres lecciones más importantes que nos enseña esta oración.

En primer lugar nos dice que la oración no debe ser egocéntrica, pensando en nosotros, sino que debe en primer lugar dirigirse al Padre, para agradecerle y amarle por los que no lo hacen («que tu nombre sea honrado, que se haga tu voluntad, que triunfe tu designio de amor para el mundo»); nos enseña que a la hora de pedir, no debemos pedir cosas superficiales, sino necesarias para vivir una vida digna, alegre y sencilla («danos el pan de cada día, perdona nuestras ofensas»); nos indica finalmente la orientación fundamental de nuestra vida: llegar al cielo («líbranos del mal, de las trampas del demonio»).

¿Ves cómo, si lo piensas, entrar en contacto con Dios no es tan difícil? «Pero, Padre», me podrías decir: «¿No sería más fácil que se me apareciera y ya?». Pues sí. ¿Pero acaso no lo ha hecho ya viniendo a vivir contigo como hombre? O es que ya se te ha olvidado aquello de «el que me ve a mí ve a Dios» (Cfr. Jn 14,9).

En resumen, Rafa, esos momentos de contacto con Dios son fundamentales en la vida porque solos no podemos. No tengas miedo de hacer la experiencia y recuerda los pasos que nos indicó Jesús: (1) No te compliques usando muchas palabras; (2) Busca un lugar

tranquilo alejado del ruido; (3) Pídele a tu Padre cosas importantes para ti y para el mundo. No pidas cosas pequeñas.

La oración es como la gasolina de un coche o como estar enchufado a una fuente inagotable de energía. Pero ten en cuenta que hablar con Dios presupone un esfuerzo sincero de hacerle caso. No pretendas hartarte de copas, liarte con cinco chicas y luego llegar a rezar como si no hubiera pasado nada.

Como tarea, te voy a pedir algo sencillo. Esta noche, en tu habitación, deja el teléfono, cierra los ojos y trata de hablar con Dios. Si te atorras o te distraes reza un padrenuestro muy despacio, tratando de darle sentido a lo que dice. Si consigues hacer de la oración parte de tu vida, verás cómo todo se transforma, se ordena, aunque no entiendas exactamente cómo.

¡Un abrazo, Rafa!

Conclusión

Querido Rafa:

Nos conocemos lo suficiente para suponer que en el mejor de los casos has sido capaz de leer estas cartas de principio a fin, pero tal vez al terminar las has guardado en un cajón y te has dicho: «Pues el pater tiene razón en algunas cosas»; pero, ¿qué va a pasar cuando, llegando a la universidad, te empiecen a cuestionar tus convicciones diciendo que eres un retrógrado intolerante y que te han lavado el cerebro desde que eras pequeño? ¿Cómo te vas a defender? ¡No te dejes!

Te resultará útil equiparte con algunos cartuchos de información. Pocas ideas que puedas compartir con tus amigos y con todas aquellas personas que te vas a encontrar en el camino. Muchas de ellas serán gente estupenda pero que no comparten una visión cristiana de la vida. No es su culpa. Sencillamente no conocen a Jesucristo o lo han conocido de oídas. Eso sí, disfrutaban de una civilización inspirada en el evangelio sin darse cuenta, pero no importa. Al menos, ten bajo la manga algunos argumentos sencillos que te puedan servir para defender tu fe. Por ejemplo:

Respecto a la relación entre fe y razón, podrías hablar de Galileo Galilei (+1642), gran protagonista de la

revolución científica. Él dijo que «las matemáticas son el lenguaje con el que Dios ha escrito el universo». Esa es la postura de la Iglesia, que no está en contra de la teoría de la evolución. O mencionar que, en la historia de la física, dos sacerdotes católicos marcaron un antes y un después: George Lemaitre (+1966) que propuso por primera vez en la historia la teoría del *Big Bang* y Johann Mendel (+1884) considerado el padre de la genética por sus experimentos con guisantes.

Si sale el tema de la inmortalidad del alma, cuéntales que cada una de los cien mil millones de neuronas del cerebro tiene un promedio de 7000 conexiones sinápticas con otras neuronas y que, sin embargo, ninguna de ellas puede producir una sola idea, porque el cerebro es material y las ideas son inmateriales. ¿Qué pasa con esa parte inmaterial cuando el cuerpo se apaga?

Si te venden que la religión es un instrumento de control o de conveniencia, menciona que en 1908 se descubrió el enterramiento de un neandertal de hace 50.000 años en Francia y, que los autores de aquel ritual, tenían capacidad simbólica y creían en una vida más allá de la muerte.

O tal vez te digan que no importa pertenecer a una religión u otra porque todas vienen a decir lo mismo. Recuérdales que en el mundo existen más de 4000 religiones vivas y de todas ellas, el único líder religioso

que dice de sí mismo ser Dios y haberlo demostrado resucitando de entre los muertos, es Jesús de Nazaret. ¡En esto consiste la novedad del cristianismo y no en un sistema moral!

Probablemente te quieran restregar en la cara la corrupción de la Iglesia o del Vaticano y decirte que deberían vender todo y dárselo a los pobres. Podrás mencionar que según *The Economist* la Iglesia católica es la mayor ONG del mundo; que los datos del Anuario Pontificio informan sobre las más de 114.738 instituciones de asistencia y beneficencia de identidad católica en el mundo, incluyendo hospitales, dispensarios, leproserías, residencias de ancianos, orfanatos, etc. Y sobre lo de vender los bienes de la Iglesia y darlo a los pobres, te aburriría con una lista interminable de las veces en las que, a lo largo de la historia, diferentes gobiernos lo han intentado. ¿Y qué ha pasado? Que los pobres han sido más pobres y los ricos más ricos.

Por último, si te sacan aquello de que hay demasiadas normas en todo (devociones, estampitas, novenarios, etc.), diles que, de hecho, el evangelio sólo pide una cosa: creer que Jesús es Dios y servir a los demás según el ejemplo que Él nos dio. Diles que el evangelio no es una antología de frases inspiradoras, sino la biografía de un hombre apasionante que cambió la historia de la humanidad. Diles que la mejor oración es la menos

complicada, la que brota del corazón y puede consistir sencillamente en hablar con Dios en cualquier momento del día.

Y así podríamos seguir. De todos modos, Rafa, como te dije al inicio, probablemente leyendo sobre estas cosas han surgido más preguntas que respuestas y me alegro. Se trataba de eso. Te comparto mi cuenta en Instagram por si quieres que hablemos de estos temas o de otros nuevos: ***pjuliuslc***.

Vivir una vida de la que te puedas sentir orgulloso a la hora de morir, no es fácil, pero una cosa es cierta: vivirla con ideas claras ayuda muchísimo. Y cuando se trata de ideas claras, ¡el evangelio es el mejor punto de partida!

¡Un abrazo muy fuerte chaval! ¡Saludos a tus padres!

Post Data

Rafa, no quería terminar sin aclararte un par de conceptos que te sirvan para ordenar las ideas, a modo de herramientas, y dejarte algunas preguntas que te hagan reflexionar un poco.

Sobre la existencia de Dios es importante recordar que...

a) No es lo mismo **demostrar** que **mostrar** algo. Cuando uno demuestra algo, usa el método deductivo. O sea, una forma de razonar en el que la conclusión de la argumentación se deduce necesariamente de las premisas (si $A=B$ y $B=C$, entonces $A=C$). Este tipo de conclusiones son irrefutables.

Cuando se muestra algo, se usa el método inductivo, o sea, parte de la observación de un hecho o una experiencia para obtener conclusiones generales. Este tipo de conclusiones son probables, pero requieren un proceso más largo basado en la observación de fenómenos, análisis de datos relacionados entre sí. Por ejemplo, cuando observamos que todos los objetos que suben tienden a caer, llegamos a la conclusión de que existe una fuerza que los atrae. Así se descubrió la gravedad.

b) No es lo mismo la **física** que la **metafísica**. La física está determinada por el **método empírico** y analiza todo lo que puedes observar, tocar, pesar, medir o sentir, ya sea con el microscopio o el telescopio. Su punto de partida es la realidad material. Excluye por naturaleza lo que va más allá de los sentidos externos. Y como Dios es espíritu, queda excluido de ese modelo de trabajo. La metafísica empieza donde acaba la física y el mundo material. Es una rama de la filosofía que, como su nombre indica, va más allá de la física. Nos interesa, porque permite hablar de Dios desde un punto de vista filosófico, sin necesidad de entrar en materias de fe. Es como el puente entre la ciencia y la fe, que estudia la naturaleza de la realidad y sus propiedades.

c) El **principio de causalidad** en su forma más general afirma que todo efecto debe tener siempre una causa. Está unido al **principio de finalidad**, o sea, que todo lo que sucede, sucede en vistas a un fin. Ambos principios son partes integrantes de muchas ciencias (física, estadística, ciencias de la naturaleza, etc.)

d) Pregúntate:

1. ¿Cuál de los dos métodos, inductivo o deductivo, usarías para hablar sobre la existencia de Dios?
2. ¿Se pueden observar fenómenos en la naturaleza y analizar datos que hablen de la probabilidad de que Dios exista? ¿Cuáles?

3. ¿Es necesario siempre recurrir a la fe para hablar de Dios?
4. ¿Es posible hablar de Dios de manera razonable desde un punto de vista científico (filosófico) aunque no entre dentro de los parámetros de la física?
5. ¿Se podrían usar ambos principios, de finalidad y de causalidad, para una discusión seria sobre el origen del universo?
6. ¿El universo, solo por el hecho de existir, no debería tener una finalidad en sí mismo? Dicha finalidad, ¿quién se la ha dado?

b) No es lo mismo una **sinapsis** que un **razonamiento**. Las sinapsis son las transmisiones de impulsos nerviosos entre neuronas a través de descargas químicas y corrientes eléctricas. Un razonamiento es una acción del pensamiento que establece conexiones causales entre los hechos.

c) No es lo mismo decir que el alma humana **subsiste** a la muerte a decir que **resucita**. Subsistir es lo mismo que vivir, permanecer o conservar. Como decimos que la mente, la conciencia, el sujeto del pensamiento tiene una actividad propia (razona), decimos que existe por sí misma, aunque el cuerpo se corrompa (o se apague su centro de operaciones que es el hipotálamo). Se habla de resurrección cuando nos referimos a la reconstitución del

mismo cuerpo que un hombre tenía antes de morir, en unión plena con el alma. Por eso, realmente el alma no resucita, ¡porque nunca dejó de estar viva y consciente! Lo que resucita es el cuerpo.

d) Pregúntate:

1. ¿Quién percibe la realidad, el tejido del ojo (material) o el sentido de la vista (inmaterial)? ¿Quién ve?
2. ¿Una reacción química, puede generar una idea? ¿Quién razona, la sinapsis o la conciencia?
3. ¿Tiene sentido hablar de la resurrección de un alma que nunca ha dejado de estar consciente?
4. La resurrección, ¿a qué se refiere, al alma, al cuerpo, o a la reunión del alma con un cuerpo reconstituido?

Sobre Dios y el dolor de los inocentes, es importante recordar que...

a) No es lo mismo la **libertad** que el **libre albedrío**. Empecemos por lo más simple. El libre albedrío es la capacidad que todos tenemos de tomar decisiones, o sea, de hacer lo que nos dé la gana. Como tal, no podemos perder esa capacidad. Siempre la tenemos. La libertad es un estado de vida vinculado a las buenas decisiones y a las virtudes (hábitos buenos), y por ser un estado se puede perder si tomamos malas decisiones que generan vicios (hábitos malos). Esto genera un estado de esclavitud.

b) No es lo mismo hablar de **omnisciencia** que de **predestinación**. La omnisciencia es el conocimiento absoluto que Dios tiene de todo. Siendo un ser espiritual que no vive sujeto al espacio y al tiempo (por ser incorpóreo) y siendo la fuente de todo conocimiento, no puede no saber qué va a pasar. No puede evitar verlo. La predestinación implicaría que Dios ha determinado y ordenado el destino inevitable para cada una de sus creaturas desde la eternidad. Si esto fuera así, no tendríamos libre albedrío. Seríamos como robots programados.

c) Pregúntate:

1. ¿Se puede mantener el libre albedrío y perder la libertad?
2. ¿Quién es responsable del sufrimiento de los inocentes: Dios o el libre albedrío?
3. El hecho de que Dios no pueda evitar saber qué voy a hacer, ¿determina de algún modo mis decisiones libres?

Sobre las diferentes religiones, es importante recordar que...

a) No es lo mismo un **sistema moral** que una **religión**. La moral está fundamentada en principios y criterios que guían las decisiones éticas de un individuo o de una

sociedad. Se puede ser ético sin ser necesariamente religioso, porque dichos principios están fundamentados sobre todo en la razón natural, como un instinto primitivo dentro de cada persona. La religión viene constituida por un conjunto de creencias que determinan la relación del hombre consigo mismo, con los demás y con la divinidad. Por ello, curiosamente, se puede ser religioso y comportarse de manera inmoral o no ética. O puede haber personas no religiosas que son moralmente más virtuosas que personas religiosas.

b) No es lo mismo una **religión del libro** que una **religión de la Palabra**. Las religiones del libro basan sus creencias fundamentalmente en escritos, pues estos revelan la palabra de Dios tal cual ha sido revelada sin necesidad de interpretación (Islam). Las religiones de la Palabra leen el texto entendiendo la necesidad de ser interpretado a la luz de varios elementos: el contexto histórico en que fue escrito (persecución, esclavitud, riqueza, destierro, sufrimiento); la intención del autor (contar un hecho histórico, transmitir una enseñanza); el público al que era dirigido; el género literario (una fábula, una crónica, una metáfora). Y ven la escritura como algo vivo que comunica verdades fundamentales, pero se adapta a las necesidades de cada época histórica. Dichas verdades no deben contradecirse con la verdad de la moral natural y con la verdad de la ciencia.

c) Pregúntate:

1. ¿El catolicismo, es un sistema moral o una religión?
2. Si no hace falta ser religioso para ser buena persona, ¿qué sentido tiene entonces practicar una religión? ¿Para qué sirve?
3. El hecho de que históricamente la religión haya justificado acciones inmorales (violencia) usando un texto sagrado, ¿es culpa del texto o es culpa de las personas que no lo interpretan o lo interpretan mal?

Sobre el significado de la palabra *pecado*, es importante recordar que...

a) No es lo mismo **incumplir una ley** que **hacerte daño** a ti mismo (autoboicot). En muchas religiones teístas el pecado es concebido sencillamente como una acción o pensamiento que se opone a la voluntad de Dios o de los preceptos que de esa voluntad se derivan. Hacerse daño es diferente. Cuando uno hace o piensa algo que va en contra de lo que es justo o conveniente, se hiere a sí mismo y esto provoca un estado temporal o permanente de infelicidad.

b) No es lo mismo **confesarse** que **estar arrepentido**. Confesar es hacer público o comunicar una acción que estuvo mal, pero no implica necesariamente estar apenado o adolorido por ello. De hecho, uno podría confesarse por motivos egoístas o de conveniencia. Estar arrepentido es

diferente. De hecho, en los cinco pasos de la confesión católica (examen de conciencia, dolor de corazón, propósito de enmienda, confesar los pecados y cumplir la penitencia), la parte más importante no es el perdón que uno recibe (absolución), sino el arrepentimiento. Por más que te confieses, si no estás arrepentido de poco te va a servir de cara al futuro para un cambio de vida.

c) Pregúntate:

1. En la Iglesia católica, ¿el pecado se entiende como la transgresión de una ley o como una acción de autoboicot?
2. Lo que Dios manda y pide, ¿son caprichos de una divinidad aburrida o aquellas cosas que, por naturaleza, convienen al hombre y le hacen feliz?
3. Si no te duele el hacerte daño a ti mismo o haberlo hecho a los demás, ¿tiene sentido confesarse?
4. Si la parte más importante es el arrepentimiento, ¿para qué sirve ir a confesarse con un sacerdote?

Respecto a la felicidad, es importante recordar que...

a) No es lo mismo pensar en lo que **nos hace sentir a gusto** que pensar en aquello que **nos conviene**. Lo que nos hace sentir a gusto está relacionado con el mundo sensitivo, emocional. Aunque esta parte de nosotros mismos es hermosa y fundamental, puede traicionarnos. Las emociones van y vienen, suben y bajan

y están sujetas a muchos condicionamientos internos (psicológicos) y externos (personas y circunstancias). El fruto inmediato puede y suele ser agradable, pero a largo plazo pasa factura. Lo que nos conviene está relacionado con el mundo intelectual. Es más seguro, menos inestable. Depende más de actitudes personales que de circunstancias externas; y el controlarlo depende de nosotros, nos permite ser dueños de nuestro destino. El fruto inmediato puede ser desagradable, pero a largo plazo cumple lo que promete.

b) No es lo mismo la **paz** que la **felicidad**. La paz es un estado que permanece en el tiempo, vinculado a decisiones tomadas más con la inteligencia (aquello que entendemos que nos conviene), que con los sentimientos (aquello que nos hace sentir a gusto en el momento). La felicidad es una emoción pasajera, vinculada a satisfacciones, circunstancias o condiciones favorables que, dada la naturaleza de la vida y su complejidad, raramente permanecen siempre. La paz se puede experimentar siempre, la felicidad no siempre.

c) Pregúntate:

1. ¿Qué quiere decir elegir con el corazón y con la cabeza?
2. ¿Cómo sé si estoy eligiendo solamente con los sentimientos y emociones o con la inteligencia?

3. Una persona que está en paz, automáticamente será feliz, pero una persona que en ocasiones se siente feliz, ¿automáticamente vive en paz?

Sobre el tema de la castidad, es importante recordar que...

a) No es lo mismo el **sexo** que la **sexualidad**. La palabra sexo se refiere explícitamente a cualquier tipo de actividad sexual. No creo que haga falta entrar en especificaciones. Es una actividad fundamental para la conservación de nuestra especie y una realidad que compartimos con el mundo animal. La sexualidad habla de una realidad mucho más amplia y más importante de las personas: la necesidad de amar y de saberse amados.

b) No es lo mismo la **castidad** que el **celibato**. La castidad es una virtud (un hábito bueno). Consiste en el dominio de los impulsos sexuales para no vivir como animales, sino como personas. Está naturalmente orientada al ejercicio de la paternidad y de la maternidad y todos tienen que vivirla en cualquier etapa de la vida y de cualquier orientación sexual (tanto heterosexuales como homosexuales). El celibato es un estado de vida por el cual una persona renuncia a tener relaciones sexuales para comprometerse totalmente con Dios o con un estilo de vida totalmente dedicado a los demás. No todos tienen que vivirlo. De hecho, es la excepción a la regla (porque el matrimonio es la vocación natural de

las personas). No toda persona casta tiene que ser célibe. Toda persona célibe debe ser casta.

c) Pregúntate:

1. ¿Se pueden practicar actividades sexuales sin vivir una sexualidad plena?
2. ¿Es posible tener sexo y sentirse solo, no valorado, no amado?
3. Las personas que no tienen sexo, ¿pueden vivir una sexualidad plena y madura? ¿Cómo?
4. Una persona con tendencias hacia el mismo sexo, ¿también tiene que vivir la castidad? ¿Por qué?

Sobre el tema de la hombría, es importante recordar que...

a) No es lo mismo hablar de **masculinidad** que hablar de **hombría**. La masculinidad te viene dada por tu ADN y hace referencia a todo aquello que por naturaleza pertenece al género masculino: fuerza física, nobleza, instinto de paternidad y de protección, de combate y seguridad. Viene complementada por la feminidad y por todo aquello que le es propio: sensibilidad y cariño, maternidad, instinto natural para nutrir y custodiar. Sin embargo, la hombría no viene dada; hay que forjarla a través del esfuerzo y de lo que llamamos virtudes (hábitos buenos). Consiste en vivir y poner en práctica todo aquello

que es propio de ser hombre. Al depender del esfuerzo personal, la hombría puede quedar, en parte, sepultada o no realizada.

b) No es lo mismo la **coherencia** que la **congruencia**. La coherencia consiste en actuar como piensas y eso es muy noble. Pero no es suficiente. Un terrorista religioso con un chaleco bomba que se hace explotar convencido de que así da gloria a Dios y se gana el cielo, está siendo muy coherente, está actuando como piensa. El problema es que piensa mal. La congruencia se da cuando no solo actuamos como pensamos, sino que pensamos bien. Nuestras acciones están relacionadas con valores.

c) Pregúntate:

1. Todo hombre es por naturaleza masculino, pero se puede decir que no todo ser masculino es un hombre de verdad, ¿estás de acuerdo?
2. ¿Puedes pensar en alguien que te inspire la mejor forma de ser un hombre?
3. ¿Qué rasgos de la personalidad de Cristo te inspiran más?

Sobre el tema de la oración, es importante recordar que...

a) No es lo mismo **rezar** (oración vocal) que **orar** (oración mental). Cuando rezas repites oraciones que

te han enseñado. Son muy útiles porque ayudan a concentrar la mente, nos educan en las grandes verdades (el credo, el padrenuestro, el avemaría, etc.) y hacen que nos sintamos parte de una comunidad que abarca toda la humanidad (son las mismas oraciones en China, Brasil o Finlandia); pero no basta. Hay que orar. Orar es hablar con tu Padre, sinceramente, desde el corazón, con tus propias palabras, dirigiéndote a alguien que te escucha y te conoce por tu nombre. Debes agradecer, pedir para ti mismo y pedir mucho por los demás. Rezar te ayuda y te predispone para orar.

b) No es lo mismo la meditación **cristiana** (lleva al encuentro con el Otro) que la meditación **oriental** (lleva el encuentro contigo mismo). La meditación cristiana está basada en una realidad antropológica: somos seres relacionales y sólo podemos ser felices con los demás, saliendo de nosotros mismos para amar y sentirnos amados. La meditación cristiana está totalmente orientada al encuentro con el Otro y con los otros. Es decir, con el Dios que vive dentro de nosotros y después con los demás que esperan recibir nuestra atención. Muchas corrientes de meditación oriental tienden al encuentro con uno mismo. Es un concepto válido pero insuficiente.

c) Pregúntate:

1. ¿Vale la pena orar cuando no sientes nada?

2. ¿Qué te acerca más a una persona, el compromiso firme de estar a su lado o los sentimientos bonitos?
3. ¿Irías a ver a un amigo que está en el hospital sabiendo que, por sus heridas, puede verte, pero no puede comunicarse contigo? ¿Por qué lo harías?

